

La Ilustración Artística

Año XXII

← BARCELONA 3 DE AGOSTO DE 1903 →

Núm. 1.127

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA JUSTICIA, cuadro de A. P. Agache

(Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París, 1903)

HOMENAJE AL POETA

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el pliego décimoséptimo de la edición de gran lujo de las *DOLORAS*, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.

SUMARIO

Texto. - *La vida contemporánea. Sangre azul*, por Emilia Pardo Bazán. - *En el ensayo (De la autobiografía de un pobre diablo)*, por E. Bertrán. - *La muerte del papa León XIII*, por R. - *El «Exacto» (Recuerdos de un curial viejo)*, por P. Gómez Candela. - *Nuestros grabados. - Teatros. - Problema de ajedrez. - Sonia*, novela ilustrada (continuación). - *Crónica científica. Inventos y novedades*, por Al'ler-Will. **Grabados.** - *La justicia*, cuadro de A. P. Agache. - Dibujos de P. M. Bertrán que ilustran el artículo *En el ensayo*. - *Un alto en la cantina*, cuadro de José Moreno Carbonero. - *Las tres edades de la vida*, cuadro de Lorenzo Lotto. - Varios dibujos de Amato que representan episodios de la enfermedad y muerte del papa León XIII. - *Dos buenos amigos*, cuadro de E. Dinot. - *Paseo por el mar*, cuadro de Lionel-Walden. - *El cardenal camarlengo Luis Oreglia*. - *Monseñor Joaquín Pecci, más tarde León XIII, nuncio en Bruselas, rodeado de su familia*. - Motor movido por la fuerza de las olas. - Alto horno eléctrico para la fabricación de acero en Sivet. - Tubo para la conducción de las aguas del salto de Champs (Grenoble). - Salto de agua de Calypso (Saboya). - *Convoy en marcha*, cuadro de Joaquín Freixes.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

SANGRE AZUL

Yo creo que nunca se ha pensado tanto como ahora en la aristocracia de sangre; que nunca han interesado tanto al público las salonerías y heralderías, y que (no se ría nadie de la comparación, y menos que nadie la simpática persona que me ha puesto involuntariamente en el caso de elegir este tema) la afición á las cosas nobiliarias se ha difundido, como se ha difundido la de las antiguallas más ó menos auténticas, que gustan hasta á quien no entiende de ellas una patata, porque *visten mucho y hacen bien*. La vanidad es cual la rosa: brilla en todos los jardines y apenas hay latitud donde no se pueda criar. El orgullo es como el *edelweiss*: quiere altas latitudes. Coger el *edelweiss* entraña peligro: ventisqueros ásperos, nieves eternas... Y vencidos los obstáculos, una flor extraña, vellosa, sin colores ni perfumes, que la multitud no admira. El orgullo no aspira á producirse en sociedad: el orgulloso, el verdaderamente altivo, complácese en sus riscos solitarios, repitiendo

Vivir quiero conmigo...

Y antes de continuar, me apresuro á decir: primero, que en la cuestión aristocrática no todo es vanidad de vanidades, á menos que extendamos este concepto salomónico á un sin fin de fines humanos, reconociendo, con los místicos, que sólo una cosa es verdad; segundo, que en el libro de Fernández de Bethencourt *Para cuatro amigos*, y en los restantes trabajos de este erudito escritor, el estudio de la genealogía se funda, según es debido, en la historia, y la historia constituye el interés serio y verdadero enlazado á los fastos, al pasado, al porvenir de la nobleza de sangre. Ahí está su problema: el ser cosa *histórica*, hecha, enlazada estrechamente á instituciones hoy puestas en tela de juicio por la evolución social. Por eso (en el fondo), es la aristocracia, á pesar de su actitud asaz pasiva en política, tan rudamente combatida y tan zarandeada en dramas y novelas. Lo observaba yo no ha mucho en el prólogo á *Cuestión de ambiente*, de Antonio de Hoyos; he vuelto á observarlo ahora mismo (sin hablar de *Mariucha*) en la muy notable novela de Retana *La tristeza errante*. Este novelista, por más señas, no ha quedado satisfecho con sus picantes instantáneas de gente gorda y *bien* en el balneario de Panticosa; le hormiguan los dedos y me escribe: «Conforme con usted: es epidémico el afán de poner en solfa á la aristocracia. La clase media es poco novelable por lo anodina; así, ó se hace la novela de los próceres, ó la de los golfos. Con todo, novelas buenas, de empeño, en que se pinte al vivo cuanto hay de podrido en los próceres, existen pocas: hay que hacer más, muchas más.» Ya lo saben los próceres; abran el paraguas y encomiéndense al santo de su devoción.

Este libro de Bethencourt *Para cuatro amigos* (más personal que su *Historia genealógica y heráldica de la casa real y de la grandeza de España*) retrata al autor tan fielmente, que parece una cara en un espejo. Se destaca el autor en carne y hueso, con sus lealtades afectivas, sus vehemencias políticas, su inmutabilidad de ideales, que hacen de él, en me-

dio del pulcro escepticismo conservador, un caso de entusiasmo poco frecuente. Porque Bethencourt ha adoptado el lema «Dios, patria y rey;» aunque á decir verdad, para él este lema no significa exactamente lo mismo que para mi otro erudito y caballeroso amigo el marqués de Cerralbo y de Almarza. No: ¡qué había de significar lo mismo! La cuestión dinástica abre un foso profundo entre los dos.

Como que quisiera yo saber, y no dejaré de preguntárselo el invierno próximo al que fué tantos años vicario de D. Carlos de Borbón en España, qué opina del artículo de Bethencourt *Dislates carlistas* y de otro que se titula *La boda del pretendiente don Carlos*. Ambos estudios son extremadamente duros y crueles para la casa de Rohan, á la cual pertenece doña Berta, segunda esposa del que Cerralbo considera jefe de la casa de Borbón (y Bethencourt también. - Véase página 368).

No hay cosa que más nos induzca á contradecirnos que el saber. Ahí está Bethencourt, condenando los enlaces de reyes ó pretendientes con casas de la alta nobleza de Europa, y creyendo inconveniente para ellos todo lo que no sea compartir su representación con quien haya nacido dentro de la realeza misma. Pero como Bethencourt tiene en la punta de los dedos su *historia*, que diríamos afrancesadamente, no tarda en recordar que en otros tiempos los reyes iban á buscar esposa en casa de los grandes vasallos, y que así hicieron los Ordoños y los Fernandos con las hijas de los Osorios, de los Laras y de los Haros. Estos Fernandos y Ordoños no serán tan pomposos como lo que vino después, pero tienen una *pátina* encantadora y todo el atractivo de un sello de plomo, auténtico, colgante de un rollo de pergamino escrito en letra goda. Sí que me gustaban á mí los Ordoños, los Fernandos primitivos, los Ramiros, los Sanchos. Este río, remontado corriente arriba, rueda un agua tan profunda y pura, ofrece unas orillas de tan castizo y natural paisaje! Desde que empieza Velázquez á rodear á los reyes de jardinería solemne y majestuosa, diríase que los aparta y aísla, á mucha distancia, de sus feudales y de su pueblo.

¿Adónde íbamos con esta digresión? Ello es que Bethencourt lo afirma: el nieto de Felipe V, no puede casarse ni con una La Cerda ni con una Fernández de Córdoba, y D. Carlos, que recibe de sus partidarios el tratamiento de Majestad, no puede exigir que á doña Berta se le dé el mismo tratamiento. Sin embargo, los Rohan Guemeneé fueron casa soberana de Bretaña - contestan los partidarios del pretendiente que entienden de estos asuntos. - Sin tener derecho para profesar una opinión, pues poco se me alcanza de genealogías, los Rohan me seducen por su conocida y arrogantisima divisa (á ver si sale Bethencourt desdorándose esta leyenda nobiliaria en nombre de la exactitud histórica): «Rey, no puedo; príncipe, no quiero; Rohan me soy...» Y es que - Bethencourt no lo ignora - hay nobles más nobles que los reyes.

Bethencourt es celoso defensor de la aristocracia de sangre, y la quiere seria, con dignidad y prestigio; quiere que se depure y defina bien todo lo que á ella concierne. Le exasperan las confusiones y errores en que incurre, no la prensa ni el público, sino el elemento cancilleresco y oficial, y no es lo menos curioso de su libro el dictamen sobre la sucesión en los ducados de Monteleón y Terranova, ni el artículo acerca de la necesidad de una legislación nobiliaria. Cuando la aristocracia nacía orgánicamente de la historia, no era indispensable tal legislación. Al feudal en su castillo, con sus mesnadas, al regresar polvoriento y ensangrentado de zurrarles la badana á los moros, maldita la falta que le hacía que el Ministerio de Gracia y Justicia - caso que entonces lo hubiese - le expidiese un papel diciéndole: «Eres noble titulado; te llamas el barón de Brazofuerte, y puedes reclamar en todas partes el título.» El Cid, hidalguillo, de un brinco se puso arriba del conde Lozano, y en la iglesia juradera, de potencia á potencia, apretó, hasta el escocimiento, la mano del monarca. - Ahora ciertas preeminencias hay que regularlas, y que la necesidad aprieta lo demuestran artículos muy sensatos de Bethencourt, alguno, como una reciente Exposición al rey, todavía no incluido en este volumen. Es el propio Bethencourt quien nos dice, escandalizado, que jamás ni en parte alguna el desorden, la facilidad, la falta de sentido histórico y nobiliario, han presidido, como presiden hoy entre nosotros, á las denominaciones de los nuevos títulos. Eran antes - nos dice - los títulos, señoríos jurisdiccionales; y de ahí procedía - añadido yo - la idea de Bravo Murillo, que, al suprimir los señoríos, quiso reducirlos á títulos, eligiendo la de-

nomiación de los más viejos y señalados. Punto de vista es este de Bethencourt en que sin duda lleva completa razón. Mientras exista la nobleza de sangre (á la cual hoy van agregándose nuevas capas de aluvión que no proceden ni de la jurisdicción territorial, ni exclusivamente de los hechos históricos *militares*, sino de muy varios orígenes y especialmente del político, pues la política es aquí la fuente más copiosa de honores, distinciones y gracias); mientras exista, repito, esa categoría social, será conveniente que se imite, según acertadamente pedía Bethencourt, «el ejemplo de Italia, de la nueva Italia, de la archidemocrática Italia, con su monarquía de Saboya, con su Crispi en el gobierno, con sus revolucionarios en el poder, creando la *Consulta araldica*, legislando valientemente, científicamente, absolutamente, sobre todo lo que se relaciona con su numerosísima nobleza...» Ejemplo muy singular al venir del país en que familias principescas tienen por todo patrimonio un cuadro de Rafael que enseñan mediante dinero, y en que se gana la vida, remando en las góndolas de Venecia, un título descendiente de los Dogos - no me acuerdo ya de cuáles.

De *verdadero caos* califica Bethencourt al estado presente de la nobleza española. Hay que creerle; conoce el terreno; y hay que elogiar su labor en interés del prestigio de la institución. El genealogista no puede decir ni hacer más. El que no ahonda en la genealogía y se interesa preferentemente por el hecho social y sus consecuencias, tiene que añadir que ese desbarajuste, real y efectivo, que todos los días lamentan en Madrid - y no sin salsa de muy sabrosos comentarios - en círculos que frecuenta Bethencourt, es una de las muchas manifestaciones de la decadencia de la nobleza española como fuerza integradora de la patria; como una de tantas fuerzas nacionales, ¡ay!, que á modo de licor en destapada botella, ha perdido aroma y virtud. Institución llamada á influir vigorosamente en un país, debe principiar vigorizándose, elevándose y estimándose altamente á sí propia, para lo cual ha menester limpiarse de secular herrumbre (preocupaciones, retraimientos, pesimismo, todos los resabios de *inadaptación*) y de modernos frágiles barnices y charoles (modas exageradas, vicios, ligerezas, derroches, desapego á la tradición en lo que tiene de robusto, sano y grande). De línea de conducta propia para conservar influencia y respeto, es modelo, parece redundancia decirlo; la nobleza inglesa. Sus hijos navegan en los buques y combaten en los ejércitos de la nación. Sus mujeres consagran actividad (hasta pasión histórica) á las obras sociales. Sus tierras están cultivadas por los métodos más científicos; sus explotaciones é industrias fructifican porque las guía un ilustrado sentido práctico. Sus *manors* poseen biblioteca, y los libros de esa biblioteca tienen cortadas las hojas. Viven como atenienses en sus residencias magníficas; saben abandonarlas como espartanos para romperse la crisma en el Transvaal. Sus *sports* abren ventanas á la colonización y al dominio de nuevas comarcas, que serán su salvación el día en que se tambalee el poder de Inglaterra... día acaso llegado ya. - Porque no hay nación que no tenga sus heridas y sus problemas, y las habas que Inglaterra cuece, las cuece á calderadas, no lo niego; pero es en ocasiones tales cuando se echa mano de las reservas, y la nobleza británica está en condiciones de acorrer á su patria como en otros siglos nos acorría la nuestra, y contribuir á restañar la sangre que se pierde ó se perderá: (a), por la decadencia económica, debida á la preponderancia de la industria alemana y el comercio yanqui, que les disputa ó cierra tantos mercados á los ingleses; (b), por la plaga terrible de la miseria y el hambre en las Indias, más extenuadas cien veces que nunca lo estuvo ninguna colonia española; (c), por la siempre amenazadora guerra con Rusia; (d), por la campaña funesta del Transvaal; (e), por la cuestión irlandesa... y no sigo, pues agotaría el abecedario. He enumerado al vuelo las graves angustias de Inglaterra, no queriendo pintar paraísos en el extranjero, en contraste con nuestros purgatorios: al precipicio cualquiera se aproxima: dichoso el que encuentra manos forzudas que le agarren antes de caer. Una de esas manos, de *boxeador*, de atleta, de intelectual á la vez, es en Inglaterra la de la nobleza de sangre.

Artísticamente también es imposible ver con indiferencia la desaparición de ciertos linajes y la ruina de ciertas casas. Una gran melancolía y una disminución de nuestra personalidad en el mundo surgen de las ruinas de palacios que he visitado, y que sus dueños vendieron al usurero ó al industrial.

EMILIA PARDO BAZÁN.



El sexo débil competía con el fuerte en lo de lucir su humor desenfadado y su buen diente

EN EL ENSAYO

(DE LA AUTOBIOGRAFÍA DE UN POBRE DIABLO)

Yo no tenía un cuarto; lo cual me sucedía con harta frecuencia en aquella época dichosa, porque la largueza de mi tío el canónigo de Burgos, que me costeaba la carrera, venía á resultar siempre corta para cubrir el déficit originado de mis estudiantiles despilfarros.

Pero por lo mismo que me hallaba sin dinero sentía más vivo el deseo de pasar la noche fuera de casa: estaba ya harto de logaritmos, de raíces cuadradas y enteras, de senos y cosenos, y se me daba una higa de toda la geometría esférica y de toda la estereotomía.

Además, aquella noche había ensayo en el teatro, ensayo general, ensayo con todo, como dicen en la jerga de bastidores; y allí estaría la Carmen.

La Carmen era una chica como un lucero, que había nacido en... cualquier punto del Mediodía de España, no importa en cual; pero una muchacha con los ojos, con la boca y con el talle de Carmen, no podía nacer más que en la tierra donde el sol cría rosas, jazmines y claveles con la misma profusión que en otras partes humildes y miserables hierbecillas. En esa, en esa tierra es donde se crían las mujeres como Carmen; que así como nuestras flores no necesitan de otros cuidados ni de más cultivo que de los ardientes besos del sol y del regalado oreo de las brisas para brotar y crecer ricas de color y exuberantes de perfume, así también nuestras mujeres nacen y crecen hermosas y apasionadas por naturaleza, sin que, para serlo, necesiten de otro influjo que el vivificante del sol, del cielo y de las brisas que prestan á las flores galanos matices y embriagador aroma.

En otros países, una minutisa, una alejandrina, una violeta ó una dalia no nacen sino en un jardín ó en un invernadero, á fuerza de primorosos cuidados; y una Carmen no nace más que en una morada lujosa y de una familia distinguida; pero aquí las flores más preciadas pueden brotar á campo abierto, en cualquier parte; y las muchachas más lindas, de más brío y de más gracia pueden venir al mundo en el rincón de una vivienda miserable, y de una familia de la ínfima plebe.

Es claro que Carmen no podía haber elegido el lugar de su nacimiento, ni la calidad de su familia; y nació donde y doquier Dios quiso, que fué precisamente en pobrísima cuna y de padres indigentes y desarrapados.

Acaso otro día os cuente su historia.

Por hoy baste decir que, deseoso de ver á Carmen, me fuí hacia el ensayo.

La *pieza* que se ensayaba valía la pena. Tratábase de estrenar, después de mil tropiezos y contrariedades, una *magia* de primera fuerza.

Había *caballo blanco*, y la *empresa*, es decir, el testafarro que aparecía como empresario, iba á echar la casa por la ventana

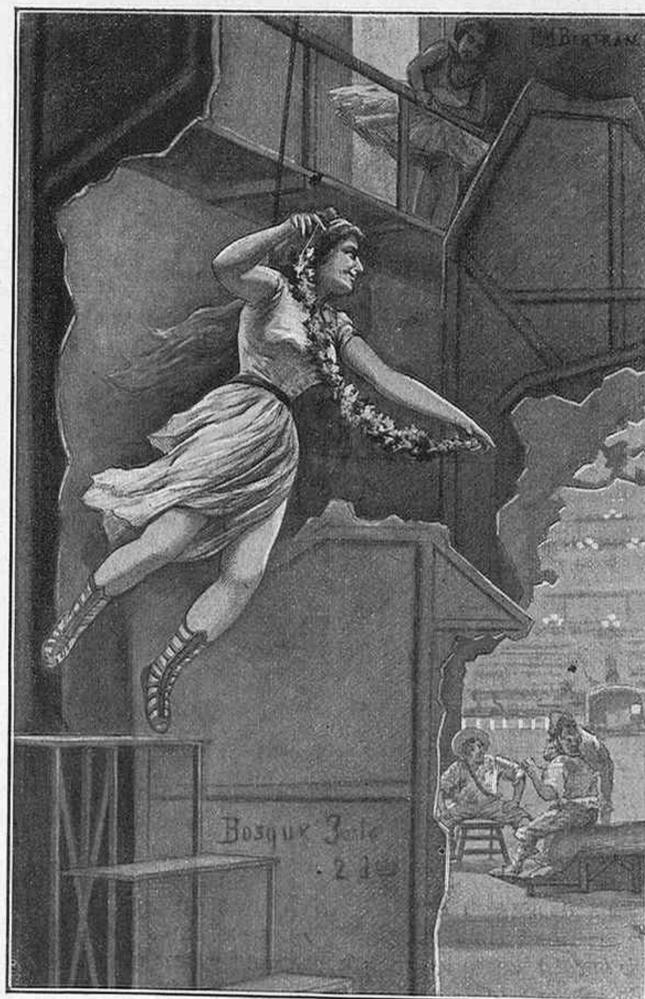
para redondearse al final de la temporada, que no había sido todo lo substanciosa que se creyó al *inaugurarla*, á pesar de lo llamativo de las obras, lo escogido de la compañía y lo barato del abono. Pero, vamos, gracias á la generosa intervención del susodicho protector ó *empresario positivo*, que no daba el nombre, pero que daba los cuartos, aquello prometía transformarse en una mina de oro, que ni la de la *Mascota*.

Por allá andaba el buen señor, inundado interiormente de satisfacción y rebotante de esperanza, al ver los fastuosos preparativos de aquella prodigiosa *misse en scene*. Verdad es que costaba algo cara; pero, lo que le decía el otro (el que *daba la cara* y dirigía el tinglado, ó sea el que figuraba en los carteles):

— Hombre, si esto no puede fallar; hay que arriesgar algo; pero no es arriesgarlo, sino *adelantarlo*, porque á la vuelta de tres semanas, que serán veintitún *lleos furiosos*, y tres *lleos* más de las tres funciones de tarde, total veinticuatro, nos reembolsamos el capital sin faltar un ochavo, y en el resto de la temporada nos podremos de dinero. Desengañese usted, D. José; este va á ser nuestro gran golpe. ¡Lástima que no hayamos podido explotar el negocio desde el principio del ejercicio! El demonio de los autores y de los pintores y de los atrecistas, y toda esa chusma, que me tienen frito, con sus exigencias y su falta de formalidad! Ya usted ve cuánto tiempo no llevamos perdido en modificaciones, dilaciones y tropiezos de toda clase. Mañana sin falta ha de ir el estreno, y todavía se han de acabar la gruta del tercer acto y el practicable de la *apoteosis*; aún no ha traído Ramírez los escudos de *las Amazonas*, ni los cascos de *los galos*, y son las nueve y media; y hoy hay que ensayar *con todo*, porque si no se *ajusta* bien, después se anda cojeando en la primera representación. ¡Por vida del demonio..., maldita sea mi estampa! A ver: ¿dónde anda ese imbécil de avisador que no me trae la contestación del zanguango de Ramírez? ¡Y van ya hoy doscientos recados por los dichosos escudos!.. Dispéñeme usted D. José, que voy...

Y efectivamente, iba disparado de acá para allá, como cohete borrachuelo, llamando á voces al avisador, riñendo de paso al tramoyista, dándole prisa al *maestro* para que se activase la cosa; preguntando por la primera dama, y enterándose de si estaban todas *las chicas*..., en fin, hecho un zarandillo.

Porque él era un hombre tarabilla, todo nervio y azogue; enjuto, pálido y marchito de rostro; verdimoreno; con dos ojos saltones, ribeteados de aquel rojo enfermizo que suele originarse del continuado trasnoche, y que brillaban á intervalos con vivacidad fosforescente, y á intervalos se empañaban como soñolientos. Con el cabello en desorden, el sombrero en el cogote, las manos en las faltriqueras del deslucido pantalón, separando los faldoncillos de un *chaquet* abotonado hasta el cuello, y con un perdurable tabaco, sin cesar mascullado y chupado y siempre sin candela ni humo, D. Rufino Lapa era la vera efigie del empresario apurado, que en cuerpo y alma se identifica con su teatro; que no respira, ni descansa, ni vive, si no es en medio del triquitraque incesante de la atropellada existencia de bastidores y de contaduría. Aquella cabeza parecía un molino de ideas teatrales, una cernedera de planes y proyectos, una maquinilla de cálculos y un laboratorio de cuentas galanas... que casi siempre



... entraba en escena como si volase...

solían salirle al revés de como su fantasía los trazaba. Con todo su afán de enriquecerse, estaba siempre

á la cuarta pregunta; pero hallaba modo y manera de vivir cayendo y levantándose sin cesar, es decir, cayéndose él *por sí mismo*, y levantándose con ayuda de vecinos, á quienes arrastraba en su nueva caída... y vuelta á empezar; que mientras exista y proliferen la raza de los *D. José*s, los *Rufinos* resolverán el problema de vivir de milagro, ser empresarios sin tener una peseta propia, gastar muchas ajenas, ganar cantidades fuertes, volver á perderlas, preparar otra combinación para recuperar con creces lo perdido, y quedarse luego lo mismo que antes y que siempre, y el *socio* ó los *socios* peor que nunca.

Por la ley de los contrastes, que acostumbra á juntar en la vida á los hombres, *D. José* resultaba un tipo de todo en todo divergente del tipo de *Rufino*.

D. José era hombre machucho, sanote y rollizo; bastante panzudo, y lo parecía más porque su estatura no era de las aventajadas. Sobre corto y carnoso cuello, tenía una cara de luna llena, bonachona y sonriente; y á los ojos chiquitos y alguna vez vivarachos, aunque de un zarco dudoso, les servían de guardapolvo dos cejas peludas y revueltas, exuberancia pilosa que contrastaba con la escasez de cabellos, porque, en efecto, el cráneo de *D. José* era amelonado y calvo en su frontispicio y en su bóveda, y no conservaba más que en las sienes y en el colodrilo mechones remanentes de una melena que debió de ser rucia ó punto menos en sus mejores tiempos.

Era mi hombre calmoso por temperamento, corto de palabras y no muy largo de alcances; á pesar de lo cual y de su menguadísima instrucción, tuvo el talento que muchos tontos tienen para hacer dinero, no importa al caso el cómo ni el cuándo. Basta que conste que poseía, por aquel tiempo, caudales suficientes para permitirse el lujo de gastar una buena porción de ellos en satisfacer su raro antojo de meterse en el negocio del teatro, para él completamente desconocido, y por ende él completamente inepto para el negocio. Pero tomó á *Rufino* por su *alter ego pensante*, y aprontó los fondos, confiado en que, manejados por aquel fénix de los empresarios, habían de producirle tanto más cuanto. Lo que le producía, por lo pronto, era la satisfacción de entrar y salir entre bastidores; de verse adulado y obsequiado por toda aquella tribu de actores, actrices, bailarinas, racionistas, partes de por medio, apuntadores y representantes, conserjes y acomodadores, escenógrafos y atrecistas, músicos y sastres y peluqueros, y hasta armeros y pirotécnicos y avisadores. «*D. José*» por acá; *D. José* por allá; *D. José* arriba; *D. José* abajo; consultas (aparentes) por un lado; elogios ditirámicos por el otro; mucho respeto y consideración de mentirijillas; mucho de bailarle el agua y lavarle la cara, cuando convenía, sin dejar por eso de reírse de él, á sus espaldas; y á la postre cada sonsaca, cada primada y cada *sablazo*... que cantaba el opio.

Mas para *D. José* todo aquello era media vida, y le proporcionaba unas emociones y unos goces y unos hinchamientos de vanidad pavuna que le hacían feliz. Y, pues su dinero le costaba, no había para qué decirle «*mal provecho te haga*», sino «*con tu pan te lo comas*».

Ya se removía y se agitaba la gente de *las tablas*, disponiéndose á dar comienzo al suspirado ensayo; gracias á las excitaciones, apóstrofes y regaños del incansable *Rufino*.

El escenario era un hormiguero de artistas, de artesanos y de aficionados, acompañantes y amigos de la casa, entre los cuales había no pocos abonados de los que gustan de perder el tiempo viendo ensayar y con el tiempo la ilusión del estreno.

No costó poco trabajo y pocas súplicas y pocos bufidos el lograr que se despejase algo el campo, para dejarlo libre á los que, de oficio, habían de maniobrar en él; y se desperdició un buen rato

antes de que se pudiese probar la primera decoración.

El escenógrafo colocóse en el pasillo del centro, entre la quinta y sexta fila; y desde allí se acercaba ó se alejaba para juzgar de los efectos y de las luces; ó aproximábase hasta la barandilla de la orquesta,



¡Le he dicho á usted cien veces que es con el izquierdo!

y aun se encaramaba al escenario, en los momentos culminantes.

D. José se estaba arrinconado en una de las primeras butacas.

El empresario estaba en todas partes, y en ninguna quieto, ni tranquilo, ni callado.

Por supuesto que aquello, al empezar, era una confusión y un guirigay.

— A ver, señores; afuera todo el mundo. Hagan ustedes el favor... ¡Por Dios, que nos va á amanecer aquí!.. ¡Por vida del demonio...!, maldita sea mi estampa!..

— ¿Qué hacéis ahora con ese telón?

— ¡Méndez!.. ¡Que no es ese, hombre, que no es ese!.. El de *floresta*.

— ¿No está *Juancho* en los telares?

— No está; no, señor.

— ¡Hombre, le he dicho á usted que no se me mueva de arribal.. A ver: el tercero... Ajaaá...!, ese. Tirar más de la izquierda, que baja torcido. Acompaña esa cuerda, *Antonio*. Así: ¡bueno; basta.. basta!..

— El recortado del fondo. Más vivo, hombres, más vivo. Los bastidores de la izquierda.

— Ahí falta un *trasto*... A la derecha; no tan cerca del foro. — Ahora mucho ojo con la *mutación* esta. Cuando la música acaba la introducción del baile.

— Preparadas las señoras del cuerpo. Ocho aquí... No, ustedes no; ustedes tienen la salida por la segunda *caja*. Pero... ¡cuatro, seis... si faltan dos! ¿Dónde se meten ustedes, hijas? Así no vamos á acabar en toda la noche. Oído: una... dos... Ahora. *Entren* ustedes. ¿Qué hace esa que no entra? Con el otro pie; ¡le he dicho á usted cien veces que es con el izquierdo!..

¡Qué mareo! ¡Qué barandilla! Y eso que el *maestro de baile* era hombre listo y que lo entendía. Había sido bailarín de *rango francés* en sus verdores, y al perder las piernas, con la edad, había ya adquirido tales y tantas aptitudes en el oficio, digo, en el arte, que pudo echarse á trabajar, con la cabeza, en la dirección de las piernas de los otros. Según decían los admiradores de aquel *Terpsícore macho*, pocos *coreógrafos* habría que le pudieran pasar la mano por la cara, porque tenía una inventiva y un repertorio de recursos muy bastantes para salvar á cualquier empresario en aquel linaje de espectáculos.

Y era de ver cómo se desvivía porque la cosa marchase al pelo, con geométrica exactitud y rítmica precisión; y cómo empujaba, manoseaba y estrujaba á las figurantes, hasta lograr darles la *justeza* requerida en la inclinación de la testa, en la altura de los brazos, en la oblicuidad del cuerpo.

Un *paso* se repetía diez veces, á pesar de los ensayos anteriores; una decoración se *montaba* ó se *transformaba*... qué sé yo cuántas; y siempre faltaba

ó sobraba algo, y dejaba qué desear la limpieza de la maniobra.

Las *baterías verdes* y las *blancas* y la luz *Drumont* daban una guerra atroz al escenógrafo, quien pasaba mil desazones antes de conseguir verlas *templadas* á su gusto; los *accesorios* que faltaban, es claro que hacían mucha falta para poder ajustar los efectos de las *figuras* del baile y de los *cuadros finales*.

No sin razón *Rufino* trinaba contra el atrecista y seguía disparando al avisador contra *Ramírez* con recados conminatorios; y repetía doscientas veces sus «*por vida del demonio, y maldita sea mi estampa*».

Sudaba *D. José*, y no precisamente de calor.

Las muchachas sudaban también y estaban reventadas de tanto traqueteo y tanta repetición.

Los actores de verso recitaban con una dejadez y con un fastidio, que había para dormirse oyéndoles. Por supuesto que se suprimían muchos trozos, sobre todo *parlamentos*; que de nada serviría echarlos enteros

en un ensayo así, que, á pesar de ser *general*, quedaba reducido á lo de más interés y compromiso para que el estreno pudiera ir tálcalejo.

Era ya más de media noche, y aún no estábamos en el acto tercero; y la *magia* tenía cuatro como cuatro siglos.

Habían ido desfilando muchos abonados y *amateurs*. Quedábamos sólo aquellos *íntimos* directamente interesados en el éxito del espectáculo, ó fervientes devotos de las artistas.

Y á todo esto, ¿dónde estaba *Carmen*?

Pues allí, bizarramente vestida de amazona, entre las que aquella noche andaban á medio armar, gracias á la morosidad de *Ramírez* que me las había dejado sin escudos.

La *Chata*, la inseparable compañera de *Carmen*, hacía una *ninfa* muy salada, á quien enganchaban con un mosquetón por la cintura, y colgada de un alambre, entraba en escena, como si volase, por el segundo bastidor derecha, para ir á caer en medio de un corro de *pastores*, que no tenían de tales más que la apariencia, porque eran muchachas en hábito masculino, con sus pellicos y todo.

Y también hallé á mi grande amigo *Miguel*, otro estudiante tan aprovechado como yo. Y pululaban, porque no podían faltar, entre el bello sexo coreográfico, ó al retortero de dicho bello sexo, unos cuantos pollos y galli-pollos y pavos de diferentes categorías y de variadas cataduras.

El vizcondito del Lirio; el conde de la Empanada; el barón de Templeque; el rentista *D. Trifón*; el banquero *D. Lesmes*, y otros y otros más de los *inevitables* y de los *irresistibles*; amén de alguna gente menuda y obscura, pero aficionadísima á corretear por los escenarios, á la husma de aventuras. Y no hablo de redactores y gacetilleros de una docena de periódicos y de periodiquines, porque de esos tales ya es sabido que han de hallarse en todas partes y á cualquier hora.

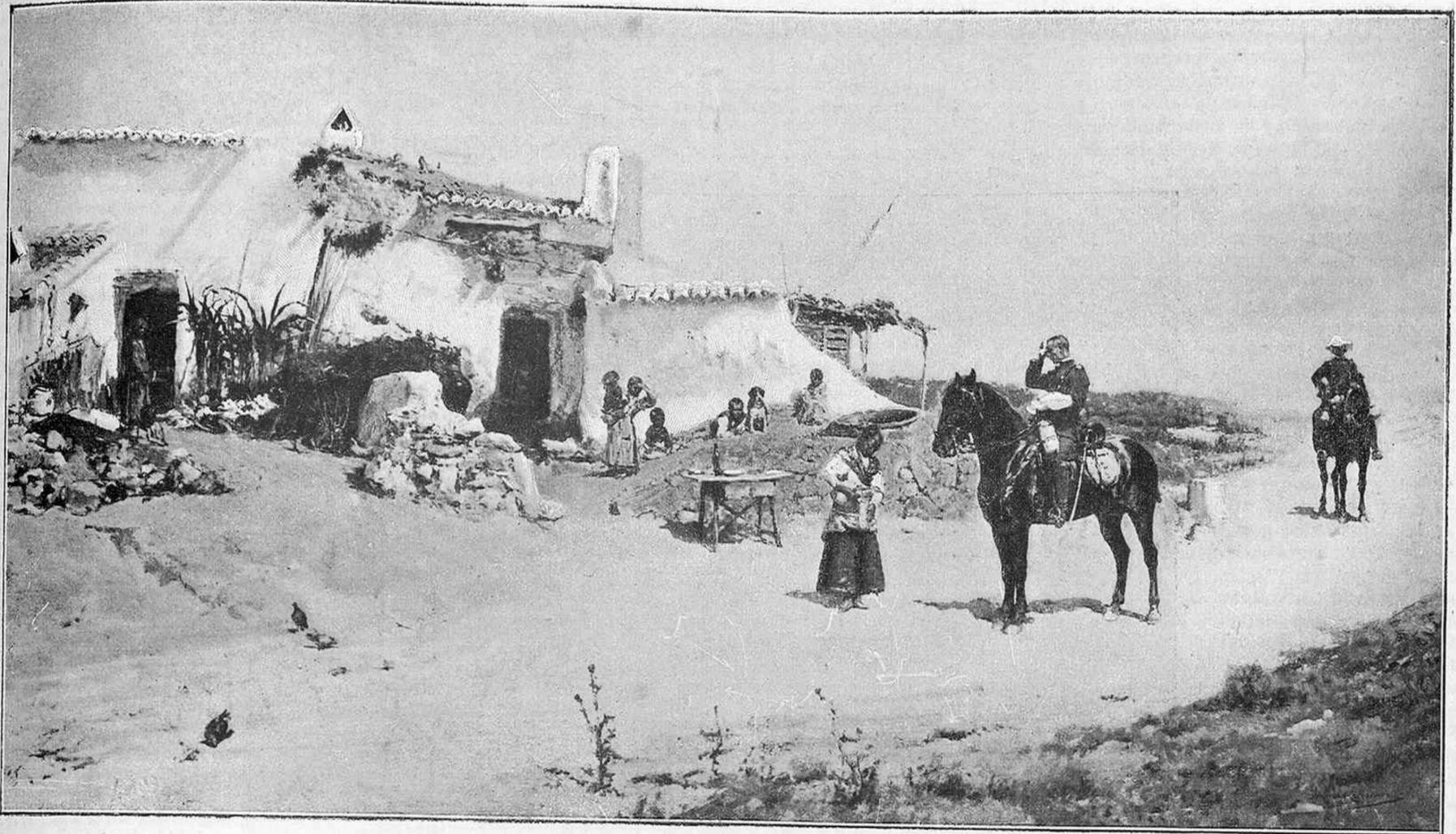
Algún descanso había que conceder á los artistas si habían de conservar fuerzas para apechugar con el resto del ensayo. La opinión dominante se acentuó en aquel sentido, y aun se manifestó explícitamente en forma de variadas solicitudes y reclamaciones.

Y además del descanso, no les habría venido mal un prosaico tenteempié á la mayor parte de aquellas *hadas*, *amazonas*, *silfides* y *divinidades* de pega.

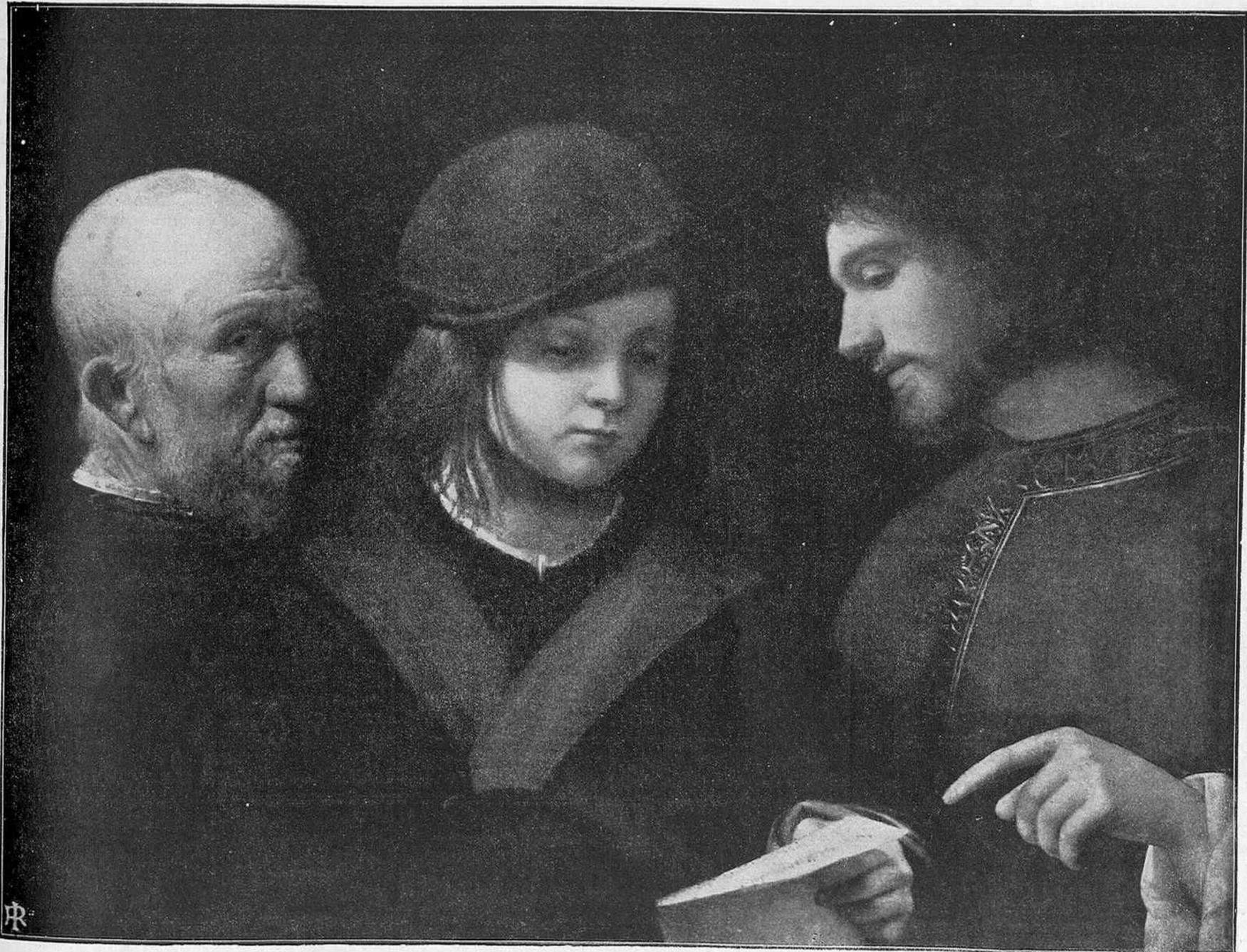
Unas cuantas muchachas, de las más *pizpiretas* y traviesas, tomaron por su cuenta á *D. José*; y al cabo le engatusaron y arrancáronle la concesión de importantes municiones de boca.

El conde de la Empanada y el barón de Templeque tenían también sus grupos de amigas dispuestas á comérselos vivos si no se apresuraban á obséquiarlas con cualquier golosina.

Corrió el infeliz avisador con el encargo ó con los



UN ALTO EN LA CANTINA, cuadro de José Moreno Carbonero



LAS TRES EDADES DE LA VIDA, cuadro de Lorenzo Lotto

encargos; y á vuelta de algunos viajes y transcurrido poco rato, ya andaban por allí tres ó cuatro camareros del café-restaurant de la esquina, portadores de jamón dulce, *sandwiches*, pastelillos, dulces y otros comestibles, con su correspondiente acompañamiento de bebestibles embotellados.

Aquello se animó; y el sexo débil competía con el fuerte en lo de lucir su humor desenfadado y su buen diente. Ya se ve: no hay cosa como el ejercicio para despertar el apetito, ni nada como el vino y las chicas desenvueltas para alegrar la conversación y avivar la chacota.

Media docena de italianas, gente nueva en aquella temporada, llegadas poco había con otras más para reforzar el cuerpo de baile, me traían mareado al vizconde del Lirio, que ya era de suyo medio memo. Y no se contentaban con hacer presa en aquel calaverilla en agraz, sino que extendían cuanto les era posible sus ambiciosas miras de conquista, como era muy natural. Natural era también que las *indígenas* comenzasen á mirar con malos ojos semejante invasión de territorio, y á sentirse de que los aficionados habituales se distrajesen más de lo justo, atraídos por la novedad y hasta por lo dulce y meloso del habla de las orillas del Arno.

A ser posible taquigrafar las cien conversaciones que se entrecruzaban, salpicadas de donaires, chistes de mejor ó de peor ley, alusiones picantes, chafalditas y chilindrinas de todo color, pardiez que se formaría un mosaico por demás curioso y entretenido. Pero se hacía tarde, y ya Rufino y los *maestros* volvían á bregar para poner punto al intermedio y recomenzar la tarea.

Prolongóse ésta hasta más allá de la madrugada; y no se acabó el ensayo porque ya no hubiese qué ensayar, sino porque, literalmente, los artistas ya no podían con su alma.

Ya era hora de que cada mochuelo se fuese á su olivo. Miguel y yo acompañamos á la Carmen y á la Chata. El airecillo helado que corría por las calles de la coronada villa, convidaba á embozarse bien y á andar de prisita en busca del domicilio y en demanda del descanso tan necesario á gentes que habían trasnochado y que volverían á trasnochar antes de mucho; esto habría sido lo regular. Pero precisamente porque lo era, no habíamos de hacerlo nosotros, acostumbrados como estábamos entonces á vivir de la manera más irregular posible.

¡Cuánto diera ahora por poder recuperar las muchas noches y los muchos días mal perdidos y peor empleados en mi mocedad, que á la postre me acarrearon la pérdida de varias asignaturas de mi carrera, de aquella carrera que se hizo interminable, y agotó la paciencia y el bolsillo de mi buen tío el canónigo de Burgos!

Por la copia, E. BERTRÁN.

(Dibujos de P. M. Bertrán.)

LA MUERTE DEL PAPA LEÓN XIII

Después de la aparente mejoría que se observó en los últimos días de la enfermedad, prodújose el 18 en el estado del papa una recaída que hizo prever el próximo fin del augusto enfermo. Comprendién-

dolo también así León XIII, confesóse con Monseñor Pifféri y recibió de Monseñor Vanutelli la bendición *in articulo mortis*, exclamando luego que la hubo recibido:

— ¡Parto para la eternidad!

Poco después, á cosa de mediodía del 20, cuando ya apenas daba señales de vida, manifestó deseos de ver nuevamente á los cardenales; entonces entra-

Monseñor Cagiano de Acevedo acercóse al papa y le pidió la bendición para sus familiares, á lo que aquél respondió:

— ¡Sea esta mi despedida!.. ¡Sí, sí, pobres hijos míos, les bendigo!

El enfermo iba perdiendo el conocimiento por instantes, y pocos minutos después presentábase los síntomas de la agonía.

Penetraron entonces en la habitación los tres sobrinos del papa, los condes Luis, Camilo y Ricardo, quienes le besaron la mano. El moribundo les reconoció y les bendijo diciendo:

— ¡Nos volveremos á ver en el Paraíso!

Fué el último destello de aquella poderosa inteligencia.

El doctor Laponi observaba continuamente el pulso del enfermo; Monseñor Vanutelli encomendaba con voz conmovida el alma de León XIII y Monseñor Pifféri recitaba las plegarias de los agonizantes.

A las tres y cuarto, los cardenales Angeli, Marzolini, Bisleti, Misciatelli y otros fueron á rezar á la sala del Trono.

Pasaron todavía algunos minutos; Laponi hizo la última tentativa administrando al papa tres inyecciones de alcanfor. León XIII abrió los ojos y dijo:

— ¡Ha llegado la hora! ¡Me encomiendo á Dios!

Entraron de nuevo en el cuarto los cardenales; Monseñor Vanutelli pronunció algunas palabras para confortar al moribundo, cuyos párpados se agitaron como si quisiera abrir los ojos.

El doctor Laponi seguía observando las pulsaciones, que eran cada vez más débiles; de pronto, acercó su rostro al del papa, le puso la mano sobre el corazón y al cabo de un momento, volviéndose á los circunstantes, exclamó:

— ¡El papa ha muerto!

Inmediatamente, el Penitenciario, Monseñor Vanutelli, mandó llamar á los cardenales que se encontraban en el Vaticano. Antes de ellos fueron introducidos en la cámara mortuoria los embajadores de Francia, Austria y España y los ministros de la Argentina, Chile y Brasil, los cuales, en unión de los purpurados presentes, que eran en número de 15, besaron

la mano de León XIII, mientras se presentaba el piquete de guardias nobles que había de hacerse cargo del cadáver.

Después acercóse al lecho el cardenal camarlengo Monseñor Oreglia: el rostro del papa estaba cubierto con un velo blanco; los penitenciarios de San Pedro rezaban los salmos de la penitencia y las plegarias de los difuntos.

El camarero Pío Centra levantó el velo que cubría la cara del pontífice y el camarlengo aproximóse al cadáver, se arrodilló, oró en voz baja, y luego levantándose golpeó por tres veces la frente del cadáver con un pequeño hisopo y otras tantas llamó al papa por su nombre de pila:

— ¡Joaquín, Joaquín, Joaquín!

Y luego pronunció la fórmula que anuncia oficialmente la defunción del pontífice:

— ¡El papa está verdaderamente muerto! ¡Muerto!

Oyendo lo cual, los circunstantes se arrodillaron y el camarlengo entonó el *De profundis*, dió la absolución y roció el cadáver con agua bendita.

El glorioso pontificado de León XIII había terminado. — R.



LA ENFERMEDAD DE LEÓN XIII

1. El camarero Pío Centra dando noticias á los cardenales del estado del papa. — 2. Los cardenales Rampolla y Oreglia dirigiéndose á la capilla privada para orar por el restablecimiento del papa. — 3. El papa confesándose con Monseñor Pifféri. — 4. Los médicos que han asistido al papa durante su última enfermedad. — 5. Pío Centra, camarero privado del papa (dibujo de Amato.)

ron en la habitación los cardenales Oreglia, Respighi, Mathieu, Ferrata, Cassetta, Di Pietro, Casali, Cavagnis, Segna, Gennari, Satolli, Vivés, Tripepi, Della Volpe, Gotti, Machi, Agliardi, Vanutelli, Cavicchione, Pierotti, Martinelli y Cretoni, que se situaron en torno del lecho del pontífice, el cual pareció reconocerles y les dijo:

— ¡Adiós, adiós..., este es mi último momento!

Y volviéndose al cardenal camarlengo Oreglia, añadió, mirándole fijamente y oprimiéndole con fuerza la mano:

— ¡Adiós..., os recomiendo la Iglesia!

Los cardenales, profundamente emocionados, besaron uno á uno la mano del papa y salieron de la estancia.

Quiso en aquel momento León XIII alzar la mano para bendecirles, pero ya no pudo.

Después desfilaron por delante del pontífice los embajadores y ministros de Rusia, Francia, Bélgica, España, Portugal, Argentina, Prusia, Austria y Baviera, los jefes de los cuerpos armados del Vaticano, los miembros de la antecámara pontificia y algunos periodistas católicos.

EL «EXACTO»

(RECUERDOS DE UN CURIAL VIEJO)

«El Exacto,» así le llamaban todos cuantos le conocían, y á creer lo que referían de este extraño personaje los que le trataron siendo todavía un niño, siempre, desde sus primeros años, había sido igual.

La misma exactitud tenía para entrar en la escuela y salir de ella siendo un chicuelo, que más tarde la tuvo para ir á su oficina, á los escritorios donde su cronométrica estancia era un asombro, y á las citas, visitas y entrevistas con amigos, jefes y compañeros.

Llegó á ser uno de los más acaudalados y afortunados banqueros de la plaza mercantil madrileña; desde sus primeros pasos dados por su cuenta en la vida de los negocios, su figura sobresalió entre todas las del mundo bursátil y financiero, y el que principió tomando giros á descuento, gracias al poquillo dinero que había ahorrado en las casas donde empleado estuvo y á algunas pequeñas sumas que le adelantaban los que fueron sus principales, acabó, merced á acertadas jugadas de Bolsa, por poseer un capital más que suficiente para sus negociaciones.

Su exactitud, rayana casi en lo ridículo por lo exagerada, era su característica, y esto fué lo que pronto le hizo distinguirse de sus demás compañeros, y rivales muchos de ellos, que en este punto no lograban competir con él, pues dígame lo que se quiera de los bolsistas y hombres de negocios, no todos ellos, ni siquiera una mitad, en especial en España, se distinguen por la exactitud.

Por eso este nuestro hombre, que la tenía matemática como péndulo perfeccionado de un observatorio, llamó desde luego la atención, y mucho más cuando se supieron y se comentaron varias veces en los corrillos de la Bolsa, en la última hora del Bolsín y á las puertas del Banco y de la Deuda, detalles tan extraordinarios como los de haber protestado una subas-

ta del Amortizable porque la Junta se constituyó *un minuto* después de la hora marcada (el reloj del personaje iba con el meridiano, y además él *sentía* al segundo las horas), y el de haber desdeñado buenas comisiones como agente porque un cliente tardaba

tres minutos en acudir á la entrevista convenida.

El vulgo, y vulgo hay entre los técnicos de todos los oficios y profesiones, pues que vulgo no es sólo el profano, sino también el profesional ignorante, no paró mientes cuanto era de suponer en la principal virtud del banquero; y en su tendencia á generalizar, aun cuando le denominó el *Exacto*, lo conceptuó como el *formal*, sin observar que su formalidad no pasaba de las horas, pero que no se refería á cantidades; más claro, que aquel sujeto que por un retraso de unos segundos en un concurso de acreedores promovía un incidente, no reparaba en que hubiese en una liquidación de fin de mes una diferencia de diez céntimos.

* *

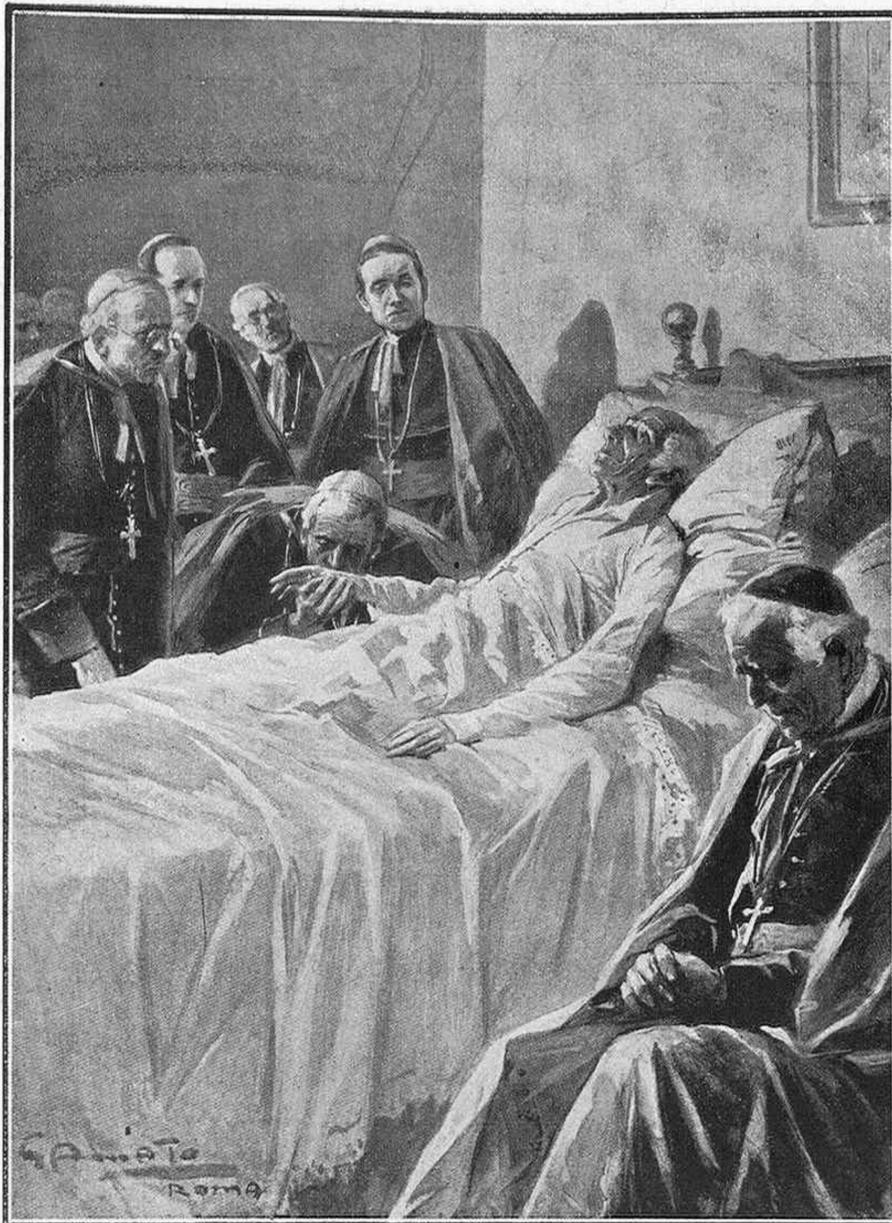
Feliz, dichoso, alegre y opulento vivía el banquero, cuando una operación mal prevista que dió pésimos resultados, una baja inesperada, de esas que ni el más lince puede prever, le hundió casi de repente en la ruina. Su miseria iba á ser tan rápida como su opulencia.

El bolsista en un principio no se apuró; tenía buenos amigos, algunos le debían su fortuna, acudió á ellos; pero se hicieron los sordos á sus indicaciones y á sus demandas.

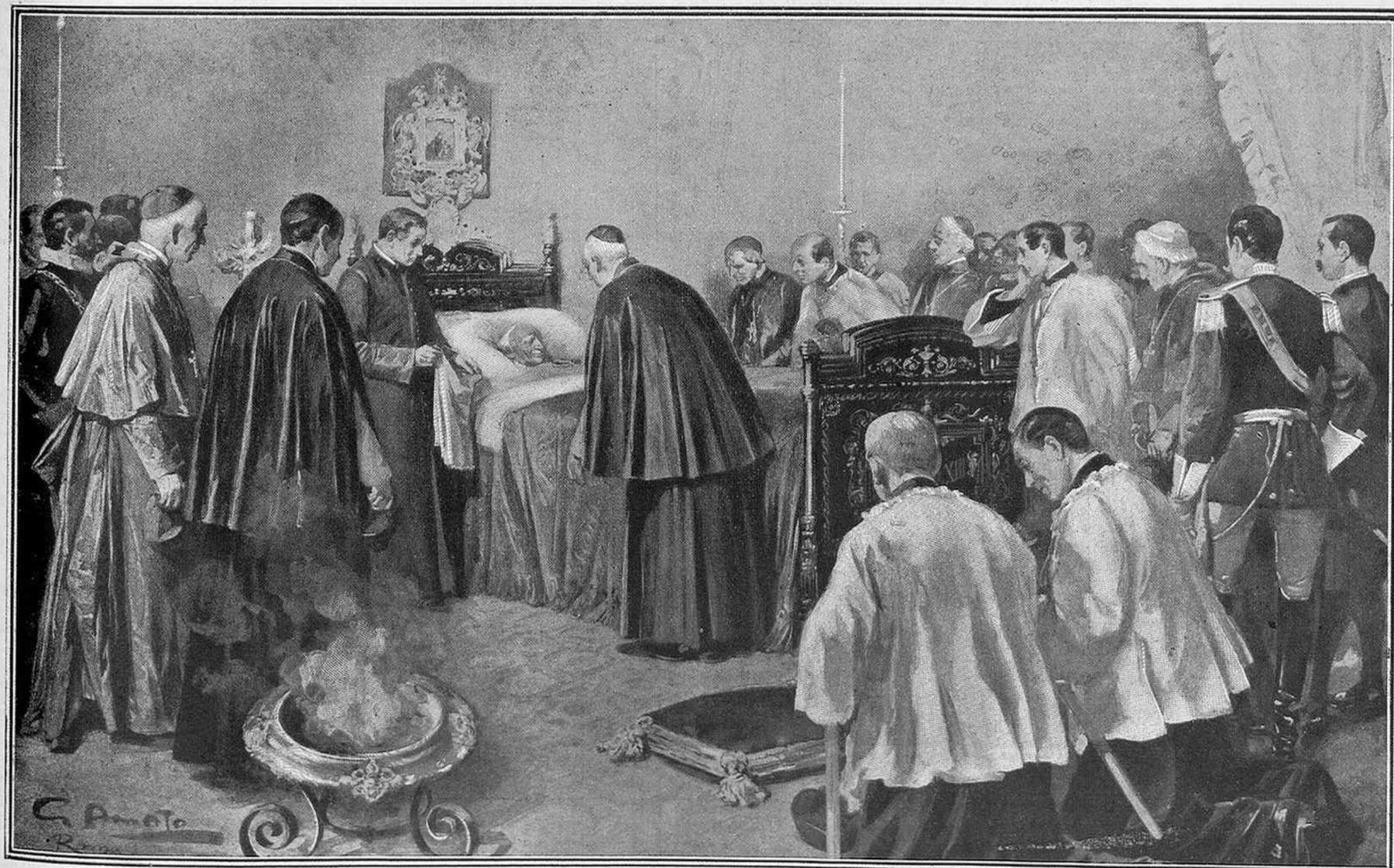
Comenzó á dudar de sus amigos y de sí mismo, y resolvió suicidarse; después de todo, la vida en la más completa escasez; volver, no volver, sino estar peor que antes había estado durante el aprendizaje de su ocupación, era para él vergonzoso, inaudito, insoportable.

Acordóse de un amigo más, del último, del que él consideraba, por lo mismo, el más verdadero y desinteresado, y le escribió una lacónica carta en la que — como hombre acostumbrado á manejar grandes sumas — le pedía la friolera de seis mil duros, lo más imprescindible para salir por el momento adelante.

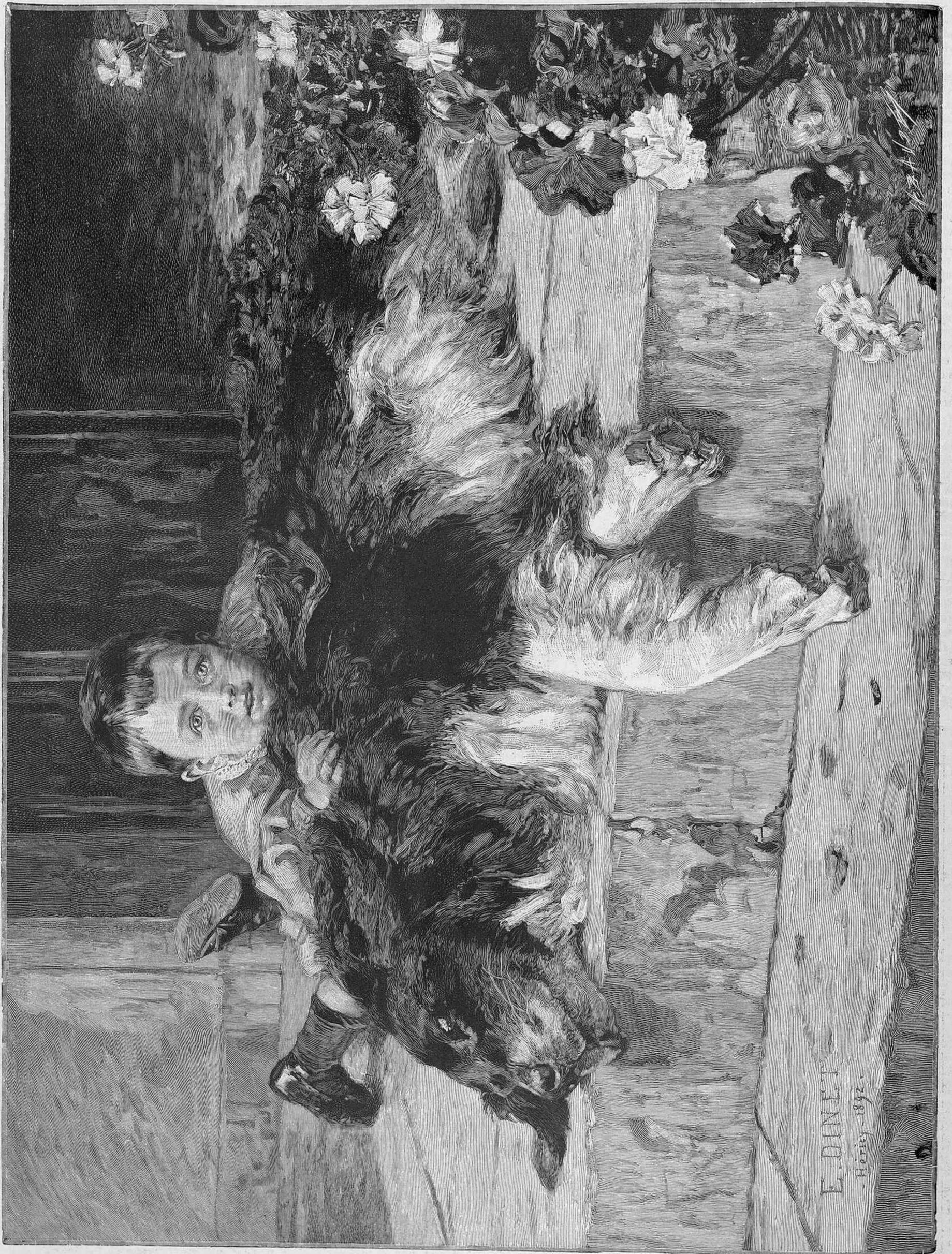
Pero le fijaba una hora: las dos de la tarde para



LOS CARDENALES BESANDO LA MANO DEL PAPA MORIBUNDO, dibujo de Amato



EL CARDENAL CAMARLENGO MONSEÑOR OREGLIA CERTIFICANDO LA MUERTE DE LEÓN XIII, dibujo de Amato



DOS BUENOS AMIGOS, cuadro de E. Dinet



PASEO POR EL MAR, cuadro de Lionel-Walden

tener en su poder aquel dinero, pues á las dos y media tenía que empezar á pagar las primeras diferencias.

El bolsista se paseaba sereno, pero preocupado, por su despacho; miró el reloj de su bolsillo y el que había colgado de la pared, y un instante después de marcar ambos las dos, oíase una detonación: el *Exacto* acababa de levantarse la tapa de los sesos.

Avisaron á las autoridades; constituyóse el juzgado; procedióse á las primeras diligencias y al levantamiento del cadáver, y se comenzó á hacer el inventario.

Un caballero que acababa de apearse de un coche, subió rápido la escalera y entró descompuesto donde yacía el muerto.

Era el amigo que le llevaba los seis mil duros, como lo demostró con su turbación y con enseñar la cartera llena con una cantidad de billetes que no bajaría del doble.

Llegó tarde; media hora antes y todo se hubiese salvado. El *Exacto* habíalo sido hasta este momento; había cumplido su última exactitud.

P. GÓMEZ CANDELA.

NUESTROS GRABADOS

El cardenal Oreglia.—Luis Oreglia de Santo Stefano nació en el Piamonte en 1828; hijo de una familia aristocrática, entró por derecho propio en la Academia de Nobles eclesiásticos, escuela privilegiada en donde la preparación para la diplomática ocupa un puesto preponderante y cuyos alumnos pueden ser nombrados cardenales sin haber ejercido el ministerio sacerdotal. Después de haber sido prelado en la corte pontificia, referendario de la firma del papa é internuncio en Holanda y en Portugal, fué revestido de la púrpura cardenalicia en 1873.

Los comienzos de su carrera diplomática fueron brillantes: su distinción y su talento le aseguraron muy pronto grandes triunfos, á lo cual le ayudó poderosamente su conocimiento profundo de multitud de lenguas y literaturas extranjeras.

A la muerte de Pío IX, mostróse poco favorable á la elección de León XIII, y esto hizo que sus relaciones con el Vaticano fueran, al principio del nuevo pontificado, bastante frías, limitándose á lo puramente oficial.

Aferrado á la política de Pío IX y relegado á la Congregación de Ritos, parecía caído en la más irremediable desgracia, cuando por muerte del cardenal Consolini quedó vacante en 1885 la dignidad de camarlengo, y aunque parezca extraño que León XIII llamara á ocupar tan importante cargo á quien no desperdiciaba la ocasión de combatir su política, así fué, con gran sorpresa de todo el mundo.

Varias circunstancias explican, sin embargo, esta anomalía: en primer lugar, el cardenal Jacobini, que desempeñaba la Secretaría de Estado, quería desarmar al jefe de la oposición colmándole de honores; en segundo, León XIII no veía inconveniente en confiar á un adversario funciones muy elevadas en apariencia, pero en el fondo sin ninguna importancia política hasta el momento de un interregno pontificio; finalmente, el papa tuvo en cuenta que siendo durante este interregno el

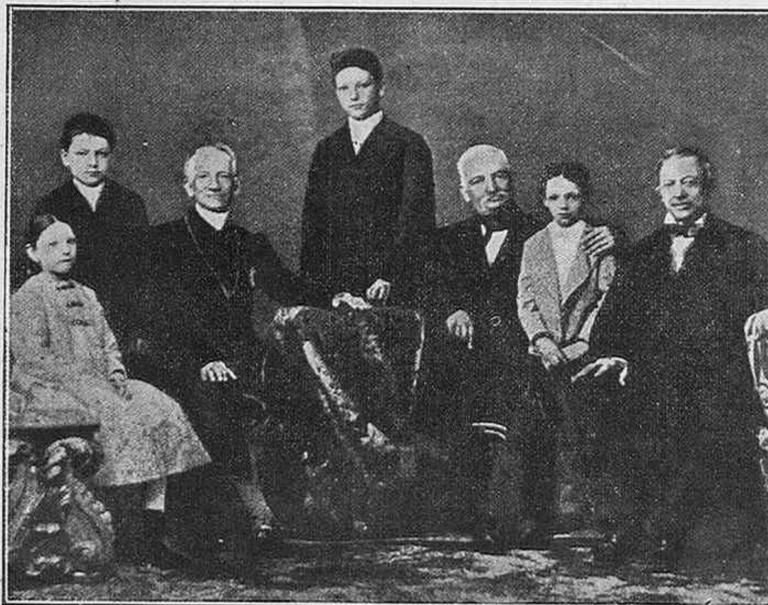
La Justicia, cuadro de A. P. Agache.—Este celebrado pintor francés cultiva con especial predilección el género simbólico, pero el simbolismo á que rinde culto resulta, por decirlo así, modernizado por la manera real y tangible con que nos presenta traducida en forma humana la idea abs-



El cardenal camarlengo LUIS OREGLIA

tracta en que se inspira. Este carácter de las obras de Agache se advierte claramente en el cuadro suyo que en el presente número reproducimos, como se advertía también en *El conquistador*, que publicamos en el número 1.048. «La justicia eterna tiene á su cargo la custodia del mundo» es el lema que lleva el lienzo que nos ocupa, y á él responde perfectamente toda la composición: la figura de la Justicia, envuelta en negras vestiduras, apoyando en el globo terráqueo el brazo que sostiene la espada emblemática, es de severa grandiosidad; su actitud de reposo, la expresión de su rostro meditabundo; la fijeza y serenidad de su mirada, en la que se adivina una fuerza de penetración capaz de ahondar en las más recónditas acciones del alma humana, de llegar hasta las más escondidas intenciones, todo indica que en ella se simboliza, no la justicia terrena, falible, sujeta á errores y á veces impulsada por las pasiones, sino de esa otra justicia que no puede equivocarse porque emana directamente de Dios, que reserva para otra vida el premio ó el castigo verdaderos y definitivos de nuestros actos, y que ya en ésta deja sentir el peso de sus fallos recompensando las buenas acciones con esa interior satisfacción á nada mundano comparable y castigando las malas con esos remordimientos que torturan el corazón y que para muchos han de ser más terribles que todas las penas corporales inventadas por los hombres.

Monseñor Joaquín Pecci rodeado de su familia.—La fotografía que adjunta reproducimos representa al difunto papa León XIII cuando era nuncio en Bruselas, es decir, en 1867; en ella, Monseñor Joaquín Pecci está rodeado de dos de sus hermanos y de sus sobrinos, hijos de Carlos Pecci.



Monseñor Joaquín Pecci, más tarde León XIII, nuncio en Bruselas, rodeado de su familia. Fotografía hecha en 1867

camarlengo, quien negocia con las potencias y con el Quirinal, los talentos diplomáticos del cardenal Oreglia, su perspicacia y su energía, le hacían especialmente apto para el gobierno provisional de la Iglesia y para resistir á posibles exigencias del gobierno italiano. Después, el transcurso del tiempo realizó su obra de pacificación; sobre todo desde que por razón de edad había sido nombrado decano del Sacro Colegio, el cardenal Oreglia demostraba mayor asiduidad y deferencia hacia León XIII, el cual, á su vez, era con él más afectuoso que antes y aun le consultaba sobre los más difíciles problemas del gobierno de la Iglesia.

En su doble calidad de camarlengo y decano, el cardenal Oreglia será papa durante algunos días, y aunque se le incluye entre los *papables*, no es probable, según parece, su elección, porque en general es poco simpático á las potencias, circunstancia que seguramente no dejará de tomar en consideración el Conclave.

mentación de la escuela veneciana el carácter grandioso del último maestro citado y la belleza más ideal de Vinci, y se mostró original, sobre todo introduciendo en sus composiciones actitudes completamente nuevas, oposiciones nunca vistas, sin ser extravagantes, y perspectivas felizmente presentadas. Figuró entre los artistas más notables del Renacimiento, tan fecundo, como es sabido, en pintores notables. En 1513 se trasladó de Venecia á Bérgamo, en donde pintó casi todos sus cuadros, y más tarde fijó su residencia en Loreto, en donde falleció. Sus más notables obras figuran en los templos de Bérgamo, Ancona y Venecia, en el Museo del Louvre de París, en el de Madrid, en la Pinacoteca de Munich, en el Museo de Berlín y en el palacio Pitti de Florencia. «Lorenzo Lotto, ha dicho un crítico, es demasiado ignorado de nuestros días, mas no por esto deja de ser uno de los talentos más admirables del siglo de oro de la pintura; desgraciadamente, su obra no cuenta más que con un número muy reducido de creaciones de primera

fuerza; pero tienen éstas tal valor, que bien se las puede comparar con los más hermosos monumentos de la historia del arte.»

Dos buenos amigos, cuadro de E. Dinét.—Para sacar partido de un asunto de escasa importancia, para hacer que nos interese un tema que por sí mismo nada de particular ofrece, se requiere ser muy hábil artista, á fin de que lo que no puede darnos el fondo de la obra lo encontremos en la forma con que el autor ha sabido presentárnosla. Tal sucede en el lienzo de Dinét, que no vacilamos en calificar de bellísimo, á pesar de que ni plantea ningún problema de los que á la actual sociedad preocupa, ni encierra ningún pensamiento de esos que obligan á meditar: contemplamos el cuadro y nos impresiona gratamente; analizamos su factura y admiramos la corrección del dibujo, la facilidad del trazo, la elegancia de la composición: ¿qué más podemos desear en una creación artística?

Paseo por el mar, cuadro de Lionel-Walden.—Este cuadro del notable pintor norteamericano nos produce el efecto de un himno en honor de la naturaleza, de la vida al aire libre, lejos de las malsanas influencias de las ciudades, de esa existencia de trabas, convencionalismos y mentiras que debilitan el cuerpo y deforman el alma. Estos cinco chiquillos respiran salud, robustez, alegría; gozan en la contemplación del mar, esa sublime maravilla que sienten aun sin comprenderla; tienen un corazón sano dentro de un cuerpo sano. Quizás cuando sean hombres sientan envidias hacia los privilegiados de la fortuna, pero ahora no cambiarían de fijo su suerte por la de los niños de familias aristocráticas que tal vez frecuentan aquellas playas y que no pueden moverse sin permiso de la grave institutriz, ni salir á paseo sino entre ayas y criados, al paso que ellos, libres como el pájaro que vuela por los aires, gozan sin limitación alguna de cuantos placeres ofrece á los niños, á los pobres más que á los ricos, la madre naturaleza.

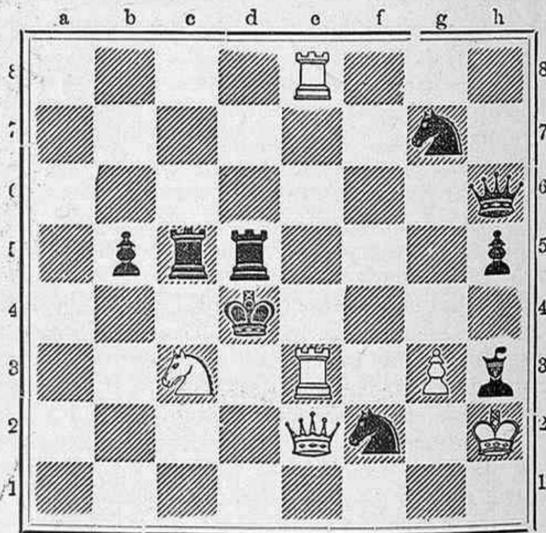
Convoy en marcha, cuadro de Joaquín Freixes.—Es indudable que la pintura militar es uno de los géneros que más dificultades ofrece, puesto que además de ser preciso el concurso de los demás, exige conocimientos especiales, de carácter técnico, la mayor parte de las veces, sin cuyo auxilio no cabe la representación exacta y razonada de tipos, escenas ó cuadros que expresen con precisión las manifestaciones de la vida militar. De ahí que sea limitado y reducido el número de artistas que se dedican al cultivo de este género, entre los que empieza á darse á conocer, con singular aprovechamiento, el joven pintor Joaquín Freixes, aventajado discípulo de nuestro amigo el Sr. Capdevila. Véase el bonito lienzo que reproducimos, representando un convoy de Administración militar en marcha, y podrán apreciarse las cualidades del novel y aprovechado artista.

Teatros.—Barcelona.—La compañía Mariani-Paladini ha terminado sus tareas en Novedades, habiendo estrenado últimamente con buen éxito *La cornice*, comedia en tres actos de Wolff: las funciones de beneficio de la señora Mariani y del Sr. Paladini fueron para una y otro grandes triunfos; la despedida de la compañía ha sido una de las ovaciones más entusiastas y más cariñosas que se han presenciado en Barcelona. En el Eldorado se han estrenado con buen éxito *La Musa*, idilio en tres actos de D. Salvador Rueda, y *La escalinata de un trono*, drama en tres actos y en verso de D. José de Echegaray, ambas admirablemente puestas en escena y muy bien interpretadas, especialmente por la señora Guerrero y el Sr. Díaz de Mendoza. En el Tivoli se anuncia una compañía de ópera italiana dirigida por el maestro Arturo Barrata.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 332, POR K. BAYER.

NEGRAS (9 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.º 331, POR J. KOHTZ Y C. KOCKELKORN.

- | | |
|-----------------|-----------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Th6-b6 | 1. Rd5-e5 |
| 2. Cb5-d4 | 2. Re5-d5 |
| 3. Cd4-c6 | 3. Rd5-d6 |
| 4. Th4-d4 mate. | |

SONIA

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)



Preparó su inteligencia para los estudios y trabajos del porvenir

- Acceda usted á lo que le pide, para recompen-sarle, dijo Dounia riendo groseramente y comple-tando el tocado de Lidia con un lindo capullo de rosa que colocó entre sus cabellos.

La joven permaneció un momento silenciosa.

- Lo que hacemos no está bien hecho; le enga-ñamos, y si llegara á saberlo...

- ¿Cómo va á averiguarlo, si se marcha? Además, señorita, ese Boris no es para usted un buen parti-do. Una joven bonita como usted tendría que aguar-dar tres ó cuatro años para casarse con un pobre estudiante, mientras que, si quiere, puede casarse en seguida con un prometido rico y noble, como el joven propietario que viene aquí á visitar á usted.

- Pero no deberas haberle prometido que le es-peraría, dijo Lidia como si fuera este el último grito de su conciencia.

- Dígale usted, ante todo, que ya no le ama y que la obligan á casarse con otro, y luego ya verá usted cómo toma el portante. Si le habla con fran-queza se verá en seguida libre de él; sólo que se va á desesperar de tal suerte, que es capaz de matarla. Cuando me detuvo en la calle, me cogió el brazo con tal fuerza, que por poco me lo descoyunta.

Lidia permanecía indecisa.

- Si le habla usted, continuó Dounia, la dejará tranquila. Después irá usted dejando poco á poco de escribirle y no lo sentirá tanto, y finalmente le dirá usted que se va ó le dará cualquier otra excu-sa; en fin, ya encontraremos la manera de librarnos de él sin que se alborote. ¡Ea, señorita, póngase usted su abrigo y vamos á la calle, pues su madre es-tará lista dentro de un momento! ¿Llora usted? Mire que así se le van á poner los ojos encarnados.

- Pero esto le hará sufrir mucho, dijo Lidia con voz débil; ¡voy á abandonarle cuando tanto me ama!

- ¿Prefiere usted casarse con él, huir de aquí, sin ropas, sin dinero, maldecida de su madre, para ir á vivir rodeados de lobos en su choza de Grebova? Escríbale usted cuatro líneas; en seguida vendrá á robarla; pero todos los días que le queden de vida se arrepentirá usted de semejante resolución. ¿No se decide? ¡Qué lástima!

- No haces más que decirme cosas que me con-trarían, dijo Lidia estrujando con impaciencia su pañuelo entre las manos.

- No hago más que aconsejar á usted que tome el partido que crea más prudente, añadió la astuta doncella. Es usted bien tonta de inquietarse por él. Le parece cosa del otro jueves el abandonarle. ¡Gran Dios! Deje usted que pase tres meses en San Peters-burgo y ya verá cómo la olvida por completo, y si persiste usted en serle constante, usted será la aban-donada. ¿A los hombres quiere pedir fidelidad? Mire usted, yo tuve un novio, nos dimos uno á otro pala-bra de casamiento, tuvo que hacer un viaje, y piensa usted que volvió? Pues no he vuelto á verle, si bien supe que se había casado con la hija de un sacris-tán. Desengañese usted, todos los hombres son iguales. Si quiere seguir esperándole, él será el que la olvide á usted, y si no, el tiempo se encargará de darme la razón.

Esa idea de quedar olvidada hizo brillar la cólera en la mirada hasta entonces indecisa de Lidia.

- Tienes razón sobrada, dijo. Por otra parte, debo sacrificarlo todo para estar tranquila; no hay nada más enojoso que el estar de continuo con el temor de que se descubra nuestro secreto. Dame el abani-co, que oigo que me llama mi madre.

Lidia salió de su cuarto con aquel continente de reina que tan bien le sentaba.

Al día siguiente, Grebof se hallaba en la estación mucho antes de la salida del tren; pero no era el único que vagaba por aquella inmensidad, pues en Rusia la gente llega á las estaciones por lo menos media hora antes de que se abran las taquillas del despacho de billetes. Poco á poco las salas de espe-ra iban llenándose de viajeros cargados con toda suerte de equipajes y acompañados de sinnúmero de parientes y amigos. El tiempo hermoso y el ser domingo aquel día, hacían que fuese mayor la con-currencia de los que iban á presenciar la partida del tren.

Toda aquella multitud andaba alegremente de un lado á otro: mozos vestidos con libreas que osten-taban galones rojos empujaban á la gente para ha-cer sitio á las mercancías y á los equipajes de cual-quier viajero de distinción, y grandes perros daban vueltas alrededor de sus amos, contestando con aire de supremo desdén á las caricias de los desconoci-dos. Boris había tomado sitio previamente en un vagón donde puso sus cachivaches y luego empezó

á buscar á Lidia. Al ver que no estaba allí y que la buscaba inútilmente, dijo con fría rabia:

- Debía habérmelo imaginado; es imposible que venga.

De repente advirtió el sombrero de Lidia, debajo del cual se ostentaba su fresco rostro, y aproximán-dose á ella y saludándola ceremoniosamente, como si fuera persona de cumplido, la guió hacia un obs-curo rincón, donde empezó á hablar con ella.

- ¡Cuán tarde vienes!, dijo. Apenas nos quedan cinco minutos.

- No he podido venir antes, y si me has hecho venir para pelearte conmigo...

- Lidia, ángel mío, los momentos son preciosos; no los perdamos y escúchame. Parto y mi ausencia será larga; respóndeme francamente: ¿tendrás valor para aguardarme?

Lidia se ruborizó, y viendo que detrás de Boris Dounia le guiñaba el ojo, dijo:

- Sí, te aguardaré.

- ¿Lo has reflexionado bien?

La joven hizo un gesto afirmativo.

- Pues bien, toma en arras esta sortija; desde este momento eres mi esposa, dijo Boris tomándole la mano para ponerle el anillo en el dedo.

Pero como tenía el guante puesto, la sortija no pudo pasar de la primera falange. Lidia, presa de gran turbación, se lo puso en la otra mano. El sem-blante de Boris se oscureció, pero volvió á sere-narse ante una sonrisa de su prometida.

- Quitate el guante, dijo.

Lidia se quitó con cierta repugnancia, no el de la mano derecha, sino el de la izquierda.

Sonó entonces la segunda campanada de aviso; sólo faltaban unos instantes para la salida del tren, y Boris, poniendo una de las sortijas en el dedo que la joven le presentaba y poniéndose otra en el suyo, repitió:

- Eres mi esposa y te amo. ¡Que el cielo me cas-tigue si te hago traición!

El empleado recorría las salas agitando la cam-pañilla: los dos novios se habían quedado solos, pues los pocos pasajeros retrasados que corrían presuro-sos hacia la puerta del andén no se ocupaban de ellos.

- ¿Lo oyes, Lidia?, repitió Boris; ¡que el cielo me

maldiga si te hago traición! Pasado mañana recibirás carta mía.

— Se le va á escapar el tren, Sr. Boris, exclamó Dounia con voz melosa.

— ¡Te quiero tanto!, continuó el joven, cuyos ojos reflejaban un cariño ardiente y cuya voz ahogada denunciaba todo su amor. Eres mi única esperanza, mi vida entera, no lo olvides.

— Toque usted la última campanada, gritó en el andén el jefe de la estación.

Boris se inclinó hacia Lidia, imprimió un beso rápido en sus labios, estrechó por última vez entre sus manos la de la joven y se lanzó al primer vagón que encontró, con gran descontento de los empleados, mientras la locomotora dejaba oír su prolongado silbido.

— ¡Con tal de que no haya perdido el tren!, dijo Dounia á su ama, que se había quedado pensativa.

Las puertas del andén se cerraron, y lentamente fueron marchándose los parientes y amigos que habían ido á despedir á los viajeros, tristes unos y alegres otros y hablando de asuntos indiferentes; los dos jóvenes siguieron aquella corriente.

Al cabo de un instante, Lidia miró la sortija de oro, y por un movimiento instintivo y brusco la llevó á sus labios casi infantiles que apenas podían retener los sollozos. Luego bajóse el velo y apresuró el paso.

— ¡Vaya una ocurrencia esta de la sortija!, dijo de pronto Dounia. Afortunadamente se la ha puesto á usted en la mano izquierda y sólo vale en la derecha.

Lidia, sin contestar, oprimió por segunda vez la sortija sobre sus labios.

— Tenga usted cuidado de que su mamá no la vea, dijo Dounia.

La joven, sin responder palabra, se quitó la sortija, no sin cierta dificultad, y la ató cuidadosamente en una punta del pañuelo.

— No llore usted, señorita, que se va á estropear el cutis. Debiera usted estar contenta de verse libre.

— No lo puedo remediar, repuso Lidia conteniendo sus lágrimas; se ha ido y no volveré á verle; y sin embargo, ha sido mi primer amor.

En tanto que Lidia y su criada hablaban de esta suerte, Boris había ocupado el sitio escogido de antemano, gracias al pasillo que, como los americanos, tienen los trenes de Moscou á San Petersburgo, y oprimiéndose febrilmente la cabeza entre las manos, pensaba en todo lo que había dejado tras de sí: en su aldea, en su madre, en su juventud, en Lidia y en su amor, y parecíale vagamente que este amor ya no le pertenecía por completo, y ante esta idea su corazón se desgarraba en una espantosa angustia.

XIX

Los primeros meses fueron terribles para Boris, y apenas llegado á San Petersburgo se sintió asaltado por la nostalgia de su querida aldea y de los seres que había abandonado. Las cartas semanales que recibía de su madre y las más cortas de Lidia, no hacían sino acrecer el deseo que sentía de volver junto á ellas.

Su trabajo era, sin embargo, agradable, y la persona que le había empleado era el mejor de los hombres; pero la razón no bastaba á vencer los sentimientos exaltados que le sumían en la mayor desesperación.

Cuando quedó fijado el día de su marcha al extranjero, Boris experimentó un nuevo disgusto. ¿No era suficiente verse condenado á vivir lejos de los suyos, sino que aún se hacía preciso aumentar la distancia que de ellos le separaba? Supo, sin embargo, dominarse: el porvenir dependía de su perseverancia. Lidia le aconsejaba que partiera y su madre estaba resignada. Pero se le ocurrió una idea: pidiendo tres días de licencia podía ir á abrazar á su madre y ver de paso á Lidia; así es que escribió inmediatamente á su prometida y á vuelta de correo recibió esta contestación:

«Querido Boris: No vengas, pues mañana salimos para asistir á una tía mía que está muy enferma y no sé el tiempo que pasaremos en su casa; quizá todo el verano, quizá solamente algunos días. No viene con nosotros Dounia, que ha encontrado otra colocación; no sé cómo hallar modo de recibir tus cartas, pero escríbeme á la lista de correos en Moscou. De un modo ó de otro, procuraré recogerlas á nuestro regreso. Envíame tu dirección cuando estés en el extranjero para que te escriba, y no olvides á tu fiel

» LIDIA.»

Boris no quedó satisfecho al recibir aquella carta, pero comprendió que Lidia no era dueña de sus ac-

ciones. Además, prometía escribirle; y sin embargo se le desgarraba el corazón al pensar que su prometida no podría recibir noticias suyas en tres ó cuatro meses. «Después de todo, se dijo, no creo que esto la haga sufrir mucho.»

En el momento de la partida, cuando iba á subir al coche que había de conducirle al ferrocarril, recibió una carta de su madre que decía:

«Te mando mi bendición — escribía la pobre mujer en un papel manchado de lágrimas. — Que Dios te sirva de guía en tu viaje, hijo mío, y permita que vuelvas sano y salvo. Hemos rezado por ti en casa y en la iglesia; Sonia lloraba tan desesperadamente, que hemos tenido que darle un vaso de agua para calmarla. Me encarga que te diga que no se ha peleado con nadie desde que te marchaste, «ni siquiera con el perro.» Mientras te escribo está detrás de mí mirando la carta y repitiéndome que no olvide su encargo. Siempre hablamos de ti en cuanto estamos juntas, y procuramos conformarnos con la esperanza de volver á verte. Sé dichoso, hijo mío, y acuérdate todas las mañanas al levantarte de tu madre que rogará por ti.»

Boris partió y los meses transcurrieron aguardando en vano carta de Lidia. Noda más fácil, pensaba, que echar una carta al correo; había tenido la precaución de darle su dirección á la lista de correos, pero esta medida de prudencia no había, al parecer, influido en los actos de su prometida. El le escribía cada ocho días cartas largas, llenas de cariño, de reproches, de esperanzas..., pero todas quedaban sin respuesta, y el pobre joven se consumía en esta inútil espera y creía que Lidia estaba enferma, que tal vez había muerto, sin que se le ocurriera ni por un momento que pudiese haberle hecho traición.

Al cabo de cuatro meses recibió al fin la carta tan esperada y se encerró en su cuarto para leerla.

«Querido Boris — decía Lidia: — Dounia ha vuelto apenas he llegado á Moscou, y tanto la he rogado, que ha ido á buscarme tus cartas; como desea volver á nuestro servicio, porque la casa en que está ahora no le gusta, ha consentido en ello. He leído cuanto me has escrito, querido Boris, y te doy gracias por lo mucho que piensas en mí. No me escribas tan á menudo: el empleado de correos que guarda tus cartas ha dicho á mi criada: «Se conoce que el caballero que hace la corte á tu señorita tiene tiempo que perder.»

«Esto es una tontería, ya lo sé; pero de todos modos tengo un miedo horrible de que llegue á oídos de mi madre. Si me escribes una vez al mes me parece que bastará, y aún no sé el medio de que podré valerme para recibir tus cartas, porque mamá no quiere volver á tomar á Dounia, pues dice que es muy grosera, y yo no podré disponer de nadie para esta clase de comisiones. Adiós, querido Boris; te escribiré tan á menudo como pueda. Amame siempre y piensa en tu

» LIDIA.»

Boris se sintió descorazonado y las lágrimas fueron abundantes y ardientes de sus ojos, pensando que al cabo de cuatro meses de silencio, aquella carta seca y desamorada era lo único que se le ocurría á Lidia escribirle. Lleno de indignación, púsose á caminar á grandes pasos por la estancia; pero poco á poco su furor se calmó. Al fin y al cabo, Lidia no era elocuente, y en sus amorosos coloquios apenas hablaba; su educación frívola no le había enseñado á desenvolver su pensamiento. Pero ¿no aseguraba á Boris que le amaba? ¿Qué más quería, pues?

Así tranquilizado, escribió á su vez otra carta en la que le daba gracias por la suya; pero seis meses después no había recibido aún contestación.

Rogó y suplicó á Lidia que le diera noticias, le amenazó con un escándalo, luego volvió á suplicar: todo fué inútil. Un día, exasperado, le escribió así:

«¿Me quieres ó no? Si tu promesa te pena, dílo; si alguien ha sido más afortunado que yo para hacerse amar de ti, dílo también y te devolveré tu palabra; pero en tanto que no lo sepa de cierto, continuaré creyéndome tu prometido y seguiré escribiéndote.»

Cuando Lidia recibió este *ultimatum*, acababa precisamente de padecer un desengaño. Un oficial de la guardia que la había cortejado asiduamente durante seis semanas, se había marchado de pronto sin más despedida que algunas excusas vagas. Casi el mismo día, un diario de Moscou reproducía un suelto del sabio con quien trabajaba Boris en que se anunciaba un descubrimiento de documentos inéditos de gran importancia, «debido en gran parte á las pesquisas de un joven de talento, el Sr. Grebof, que de continuar por este camino tendrá bien pronto un nombre en el mundo de la ciencia.»

Lidia se encontró perpleja entre el fastidio que Boris le inspiraba y el deseo de tenerle de reserva para el caso en que se le presentara un partido mejor; pero después de haber meditado mucho y leído una y otra vez la última carta de su novio, tuvo una inspiración maravillosa.

«Cuando se ama — escribió — no es necesario repetirle continuamente; las sospechas que sientes me ultrajan y me hieres cruelmente con ellas. Si tienes confianza en mí, espera sin dudar de mi amor. No te escribiré más, pues esto es muy peligroso; pero en cuanto vuelvas, veremos si eres tú ó soy yo quien ha dejado de ser fiel.»

Boris contestó con un torrente de reproches y de juramentos que llenaban diez y seis páginas; pero Lidia se mantuvo firme y no le respondió: mediante esta hábil maniobra, había comprometido á Boris y se había reservado su libertad. Este proceder tenía, sin embargo, sus inconvenientes.

Boris sufrió horriblemente; un dolor agudo le destrozaba el corazón, recordando la felicidad perdida; sentía rencor hacia Lidia; sentíalo también hacia sí mismo y se consumía en una especie de rabia impotente. El sabio á quien acompañaba advirtió sus luchas interiores, y una noche, poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo:

— Amigo mío, no sabe usted buscar la paz donde se encuentra. No sé qué causa su pena; pero veo que padece usted. Acostúmbrase á pensar en lo irremediable, y entonces busque usted en el estudio consuelos más altos que los que puede dar una distracción fútil.

Boris aprovechó el consejo, y poco á poco su dolor se amortiguó. «Si me ha engañado, se dijo, para ella será la vergüenza; yo esperaré y le llevaré mi corazón tal como cuando nos despedimos. Si continúa siéndome fiel...»

A la idea de esta alegría, aún posible, su corazón se ensanchaba; pero luego supo dominarse y no pensar en esta dicha sino muy raras veces. Entonces su vida entró en este austero camino del trabajo, en donde el espíritu domado recoge tantos tesoros.

Esta fidelidad á ciegas parecerá muy extraña á los lectores de nuestro país; pero no hay que olvidar que Rusia confina con Alemania y con Suecia y que estos dos países comparten con Inglaterra el privilegio de las largas fidelidades, no siendo raro en ellos ver á dos prometidos que se aman y esperan la boda durante ocho y diez años y aun más. Lo que haría reír á nuestras gentes, á quien aquellos pueblos califican de ligeras, les parece á ellos muy natural, y Boris, obrando como obraba, no era mejor ni peor que muchos otros.

Por otra parte, habíase consagrado en absoluto al estudio, y el estudio es una amante celosa.

En compañía del hombre austero y bueno que le había llamado á su lado, examinó durante muchas noches indescifrables manuscritos, y descubrió los mil íntimos y duraderos goces que sólo el trabajo útil y desinteresado puede proporcionar. Visitó las ciudades célebres por su ciencia, escudriñó los rincones más ignorados de sus bibliotecas, y de esta manera y por medio de aquella tensión continua preparó su inteligencia para los estudios y trabajos del porvenir.

Las cartas de su madre, siempre tranquilas y resignadas, le daban, sin que ella lo sospechara, lecciones de la más elevada moral. Aquella mujer, que había vivido siempre para su hijo y cuya ilusión había sido envejecer á su lado, permanecía sola y con la salud muy delicada; juntaba, á costa de grandes privaciones, algún dinero para el regreso de su querido hijo; empleaba sus largos y tristes ocios preparando ropa para él y haciendo hilar tela para su futuro ajuar, sin que jamás se adivinara una queja, un pesar, en la serena melancolía de sus páginas bien repletas de letras. El deber obligaba á Boris á vivir lejos de ella, con lo que llegaría á ser un hombre verdaderamente bueno y útil, y esto era suficiente para tranquilizarla; su corazón noble y generoso no conocía otra ley.

Sin embargo, una noche de Navidad, dos años después de la partida de Boris, la señora Grebof se sintió muy sola. La nieve, que aquel invierno había caído en gran abundancia, cubría la casa hasta la altura casi de las ventanas; fuera, reinaban el silencio y el frío. La viuda se aproximó á la ventana y miró al campo, levantando una punta de la cortina; su pensamiento voló más allá de la empalizada negra que se distinguía apenas por encima del gran manto de nieve que todo lo envolvía; pensaba en su hijo.

— ¿Con quién pasará esta Nochebuena?, se dijo. ¿Está contento? ¿Tiene á su lado algún amigo ó alguna amiga? Porque está en la edad del amor. ¿Cuál será su esposa? ¿Será guapa? ¿Será buena?

Y pensando en su futura nuera, la señora Grebof dejó caer la punta de la cortina y lanzó un suspiro. Otro suspiro le respondió. Volvióse la anciana y vio á Sonia que, calzada con zapatos nuevos en honor de la festividad, entraba silenciosamente trayendo el samovar.

La cafetera de cobre bruñido relucía como un sol al través de las nubes de vapor que se escapaban por los agujeros de la tapadera; la taza de la señora Grebof, puesta sobre el platito, hacía juego con el tarro de la nata; los panecillos dorados brillaban en la cesta, sobre una blanca servilleta.

— ¡Qué bien lo has arreglado todo!, dijo la anciana con acento bondadoso.

Los ojos de Sonia brillaron de satisfacción. La señora Grebof volvió á pensar en su hijo y de nuevo suspiró.

— ¡Sí, ama mía!, dijo Sonia respondiendo al pensamiento secreto de su bienhechora. ¡Si el amo estuviera tan bien servido, sería un consuelo para nosotras!

Sorprendida al ver tan exactamente adivinado lo que pensaba, la anciana miró á la muchacha, la cual se sonrió.

— ¿Quién te ha dicho que pensaba en mi hijo? preguntóle.

— ¡Oh, señora!, respondió Sonia. ¿Acaso no pensamos las dos siempre en él? ¡En quién podríamos pensar si no pensáramos en el amo!

La señora Grebof se sirvió una taza de te sin decir palabra. Aquellas palabras de la chiquilla reflejaban demasiado exactamente sus propios sentimientos para que sintiera la necesidad de contestar. Sonia, de pie á su lado, le servía silenciosamente sin esperar sus órdenes.

— Ya que tanto quieres á tu amo, dijo la buena señora al cabo de un instante, ve á buscar una taza para ti; tomaremos el te juntas y hablaremos de él.

Sonia, en el colmo de la alegría y envanecida al mismo tiempo, obedeció y tomó el te que le servía la señora Grebof, cuya mano besó mientras le alargaba la taza, y se sentó en el ángulo de una silla. ¡Qué honor! ¡Tomar el te con la señora! Por centésima vez se hizo repetir la anciana cómo había sido Sonia arrancada de las brutales manos de la señora Goreline, y más de una lágrima rodó por las mejillas de ambas al pensar en las virtudes del adorado ausente.

El plazo fijado para el compromiso de Boris había transcurrido con exceso, sin que el joven ni su principal sintieran deseos de modificar en nada su género de vida. Por muy grande que fuera el ansia del joven de volver á su patria, había comprendido que sería una locura precipitar los acontecimientos y no aprovechar la ocasión que se le ofrecía para completar sus estudios.

Tres años habían transcurrido cuando terminaron sus trabajos, y entonces regresaron á Petersburgo, sin que por ello Boris dejara el servicio del filólogo; pues para completar los estudios hechos, era necesario compararlos con los documentos ya conocidos y sacar de ahí consecuencias nuevas para la ciencia.

Apenas hacía dos días que estaban en Rusia, cuando el joven recibió una carta del sacerdote de su pueblo participándole que su madre estaba bastante enferma, que no se levantaba de la cama, y que, si podía, no dejara de ir á verla.

Al recibir esta noticia Boris entró en el gabinete del sabio, que era ya más su amigo que su amo. Había salido. Boris dejó la carta abierta sobre el escritorio, y fué á arreglar su maleta. Algunas horas después el filólogo entró en el cuarto del joven y le dijo:

— Es natural que se marche usted y vengo á decirle que es completamente libre. Si quiere usted volver á mi lado, sepa que le recibiré siempre con gusto, pues me he acostumbrado á su compañía y esta casa me parecerá triste sin usted; pero si prefiere quedarse en Moscou y vivir allí vida independiente, creo que podrá encontrar allí para usted relaciones honrosas y un empleo que le permitirá continuar nuestros queridos estudios. En fin, si desea usted algo que yo pueda buenamente darle, crea que cumpliré con gusto su deseo, y todo cuanto haga por usted lo consideraré como el pago de una deuda.

Sin contestar, Boris estrechó la mano de su amigo, escribió una carta al príncipe Armanof, y aquella misma noche salió camino de Grebova.

¡Cuán poco se parecía este viaje al que había hecho tres años antes! Ahora también estaba triste é inquieto, pero con inquietud bien distinta de entonces. Su porvenir estaba asegurado, la vida se le presentaba ahora fácil y honrosa, y por camino ancho

y despejado podía lograr cuanto quisiera, y sin embargo, no pensaba en Lidia; lo que ocupaba toda su atención era su madre enferma, tal vez á causa de su ausencia.

Pasó por Moscou y entrevió como en sueños los monasterios que en el camino se alzaban, mientras los pequeños caballos corrían al galope aguantando una lluvia fina y penetrante. Era en otoño, el triste otoño de Rusia, con su barro y sus días sin sol; con los árboles que apenas conservaban algunas hojas



Sonia entraba en aquel momento con la lámpara

amarillentas y el sombrío manto de abetos á lo largo de los desiertos caminos.

Hela ahí, al fin, la casa querida, con su jardín anegado por la lluvia, las dalias ajadas por los fríos, dejando caer laciamente sus ennegrecidas hojas al lado de los palos en que sus troncos se apoyaban. Alguien le aguardaba bajo el abrigo de la glorietta; un oído atento ha escuchado el ruido de un carruaje y una silueta elegante y delicada se dibuja en lo alto de la escalera.

Es Sonia que, al verle, corre y es la primera que le saluda con un «¡Buenos días, amo mío!,» besándole la mano con expresión de dicha indecible.

Ha olvidado á su anciana amiga, á su bienhechora, que se halla sin fuerzas y casi sin alientos en un cuarto oscuro; y ha olvidado que el hijo va á ser cruelmente herido en la persona de su madre...

¡Pero acaso no ha vuelto el amo, trayendo con él el sol y la alegría que se había llevado años antes, el día aquel en que, envuelto en nieve, le vio desaparecer en un recodo del camino!

— ¿Y mi madre?, preguntó Boris á las criadas que le rodeaban.

— ¡Vive, señor, vive, gracias á Dios!, contestó alegremente la cocinera quitándole su capa, empapada en agua.

¡Vivía! Eso quería decir que podía haber llegado demasiado tarde.

Entró, atravesó el primer cuarto, y antes de penetrar en el de su madre se detuvo un momento. ¿Qué va á ver? ¿Verá todavía á su madre, ó la sombra de lo que fué algún día!

— Entre usted, murmuró una criada anciana; la señora sabe que ha llegado; ha hablado de usted toda la noche.

Boris atravesó el dintel de la puerta y advirtió un rostro adelgazado que se iluminaba, unas manos ardientes que se tendían hacia él y una voz anegada en lágrimas de alegría que le llamaba por su nombre.

— ¡Boris, querido hijo, al fin te veo!

El joven cayó de rodillas, con el rostro entre las manos de aquella madre que llora y le besa, volviendo sus ojos humedecidos por lágrimas de gratitud hacia la imagen de la Virgen que mira placidamente en el vacío, sobre la cabeza de su hijo adorado.

Las criadas, agrupadas junto á la puerta, se enjugaban los ojos y murmuraban una devota acción de gracias.

— Madre, dijo Boris cuando pudo hablar, ¿por qué me ha ocultado que estaba enferma?

— No te lo he ocultado, hijo mío, contestó la señora Grebof pasando la mano por entre los cabellos de su hijo; parece que he estado enferma, pero yo no lo había advertido. Ahora que has vuelto, verás qué pronto me pongo buena. Voy á levantarme y nos sentaremos juntos á la mesa como cuando tú convalecías de la escarlatina. ¿Cuánto tiempo estarás conmigo?

— Todo el que usted quiera, querida madre.

La señora Grebof se levantó efectivamente y pareció sentirse más fuerte. Boris era ya todo un hombre con su hermosa barba rubia y su andar seguro. Su madre no se cansaba de admirarle, y en tanto que le contemplaba decía:

— ¿Me has dicho que tu porvenir estaba asegurado?

Y oyendo la respuesta afirmativa de Boris, juntaba las manos con ademán triunfante y miraba á su hijo como si quisiera comérselo con los ojos.

— Ven á abrazarme, exclamaba al cabo después de largo rato de mirarle.

En la vieja casa de madera había otra alma tan alegre como la suya: la de Sonia.

La buscadora de pipas, medio salvaje, medio tzigana, se había convertido en una muchachita seria de reposados ademanes, que reía poco, hablaba menos y hacía una multitud de cosas con sin igual destreza. No se había vuelto mas guapa, sino que por lo contrario, delgaducha como estaba y habiendo crecido un poco, los huesos parecían quererle agujerear la piel y le daban un aire que ni era de mujer ni de chiquilla. A primera vista nadie podía descubrir si tenía doce años ó cuarenta; luego, examinándola con más detención, se advertía una boca bien formada, aunque seria, y unos dientes admirables que apenas descubrían la risa, y en sus ojos grises ensombrecidos por largas pestañas brillaba una expresión de indecible ternura cuando se fijaban en la anciana señora ó en su joven amo.

¡Cuán dichosa era! Su amo estaba allí y no hablaba de marcharse; la vieja Dacha, consagrada únicamente al cuidado de su ama, le dejaba arreglar á su guisa el cuarto de Boris, quien sólo se ponía á gusto la ropa blanca que ella había planchado. ¿Cómo no sentirse completamente feliz?

Una noche la señora Grebof, sintiéndose un poco débil, se había acostado temprano; Boris, después de un rato de lectura, miraba silenciosamente á Sonia que, ejerciendo de camarera, iba y venía sin hacer más ruido que una sombra. Cuando hubo acabado sus quehaceres y cerró la puerta, la señora Grebof dijo á su hijo:

— Es una chica muy buena esta Sonia. ¿Tienes sus papeles y todo lo que la concierne?

— Sí, madre mía; el general me los envió y los puse en regla antes de partir para el extranjero.

— Durante tu ausencia, esta niña ha sido mi único consuelo; cada día hablábamos de ti, y creo que muchas veces me ha impedido entristecerme contándome cuán bueno habías sido para ella. Has de procurar que no sea desgraciada; bastante lo había sido ya antes de venir aquí.

— ¿Y por qué lo sería?, respondió el joven sonriendo. Me parece que aquí no ha de temer nada.

— Ahora no; pero cuando habré ido á juntarme con tu padre, pues es preciso pensar en el día en que yo falte, hijo mío, y que no puede estar muy lejos, esta niña no podrá continuar aquí. Si no puedes quedártela para servirte, procura colocarla en casa de alguna familia respetable donde pueda estar bien. Si te casaras, y esto sería lo mejor que podrías hacer (continuó, mirándole como si le interrogara), tómala á tu servicio, pues cuidará muy bien á tus hijos.

Boris seguía callado.

— ¿No has pensado aún en casarte?, añadió tímidamente su madre.

— No lo sé; ya veremos.

— Cuando te cases, Boris, hazlo con una mujer que tenga un corazón generoso y que te quiera mucho. Si fué dichosa con tu difunto padre, fué porque era muy bueno y jamás tuvimos el más pequeño altercado. Y tú te le pareces, añadió con ademán pensativo. ¡Ah! ¡Si pudieras ser completamente dichoso!

— Lo procuraré, madre mía, respondió Boris.

— Acuérdate de la pequeñuela; es una golondrina que Dios nos ha enviado para traer la dicha á esta casa, y desde que ha venido aquí ha venido también la suerte para nosotros. ¡No seamos, pues, ingratos con la Providencia!

(Continuará.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

INVENTOS Y NOVEDADES

La adrenalina, los rayos x y la curación del cáncer. Tratamiento radioterápico. — Motor para utilizar la fuerza de las olas. — La hulla blanca y los altos-hornos eléctricos.

Entre los nuevos medicamentos, uno de los que más ha llamado la atención de los sabios es sin duda la adrenalina, ese medicamento hemostático por excelencia, que posee la notable propiedad de suspender de un modo rápido y completo la circulación sanguínea en los tejidos á los cuales se la aplica, sin destruirlos, ni alterarlos. Su acción dura

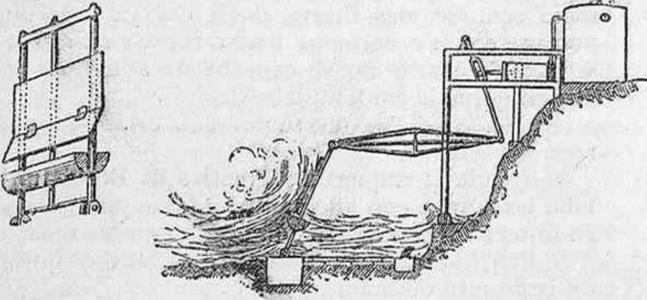


Fig. 1. — Motor movido por la fuerza de las olas

solamente una media hora, permitiendo al facultativo la práctica de la operación quirúrgica sin los inconvenientes de las hemorragias, aun en las mismas fosas nasales, cuya irritabilidad es de todo el mundo conocida.

La adrenalina es un producto animal, un jugo orgánico constituido por el principio activo de las cápsulas supra-renales, aislado por el fisiólogo americano M. Takamine.

Las innumerables dificultades que es preciso vencer para obtener su producto químicamente puro y la exigua cantidad que de dicha substancia contienen las cápsulas renales, son causas todas ellas que contribuyen á sostener el elevado precio á que se expende este producto: 200 francos el gramo, ó sea la enorme suma de 200.000 francos el kilogramo; la droga más cara que hoy existe.

Para llenar de adrenalina un pequeño frasco, es preciso sacrificar un verdadero rebaño de bueyes.

Este nuevo medicamento, que data tan sólo de ayer, ha recibido ya numerosas aplicaciones.

Según el *Journal des praticiens*, el Dr. Fiessinger ha ensayado la adrenalina en el tratamiento de dos casos de cáncer externo con excelente resultado.

El Dr. M. G. Mahu publica en la *Presse medicale* un sensacional artículo sobre la posibilidad y probabilidades de curar el cáncer por medio de la adrenalina, afirmando que esta salutífera substancia produce la «supresión de hemorragias cancerosas, cesando los dolores, y de consiguiente la mejora rápida y persistente en el estado general.»

M. Ch. Fiessinger refiere un caso muy curioso, que hace vislumbrar el hermoso porvenir que al nuevo producto la suerte le depara. Un enfermo fué operado tres ó cuatro veces, en el espacio de muy pocas semanas, de un cáncer en el pecho, que se le reproducía con persistente regularidad. Le aplicó la adrenalina con un poco de quinina y levadura de cerveza, y han transcurrido ya ocho meses desde la última operación, sin que el cáncer se haya reproducido por ahora.

Y, por otra parte, afirma el Dr. Robin: la curación del cáncer es un hecho.

¿Será cierto? ¿Se habrá encontrado ya el remedio radical contra el terrible cáncer?

Ahora no se trata de la adrenalina, sino simplemente de los rayos X, ó sea del tratamiento radioterápico.

Los profesores MM. Lemoine y Doumer, de Lille, han curado ó creen haber curado radicalmente un cáncer del estómago por medio de los rayos X. La noticia ha causado verdadero asombro al mundo médico, si bien la acción de los rayos X sobre los

tumores no es nueva, pues demostrada quedó en diversas experiencias verificadas en varios casos de cáncer superficial, casi todas con buen éxito. Hasta hoy, no había sucedido lo propio con el cáncer interior; de ahí, la sensación producida por el extraordinario caso de Lille.

M. Albert Robin ha comunicado la observación de MM. Lemoine y Doumer á la Academia de Medicina de París, en 9 de junio próximo pasado, diciendo que, si bien no se acostumbra á hablar de curación cuando se trata de un cáncer interno y en especial de un cáncer del estómago, esto mismo motiva la presentación á la docta Academia de un caso que ha ofrecido todas las señales clínicas que permiten ordinariamente hacer el diagnóstico de un cáncer del estómago, que fué curado por la radioterapia.

Se trata de una señora de 60 años, que no habiendo tenido durante su vida más enfermedad que una bronco-neumonía, en agosto del año pasado empezó á perder el apetito, enflaqueció en gran manera, sobreviniéndole diversas hemorragias, que la obligaron á consultar el caso con su médico el Dr. Baelde. A pesar de los buenos oficios del galeno, las hemorragias continuaban, y decidióse la enferma á consultar al Dr. Lemoine, quien después de estudiar el caso con detenimiento, encontró un tumor del volumen de un huevo de gallina en el estómago. El diagnóstico fué: «tumor canceroso del estómago, con pronóstico mortal, en un tiempo relativamente corto.»

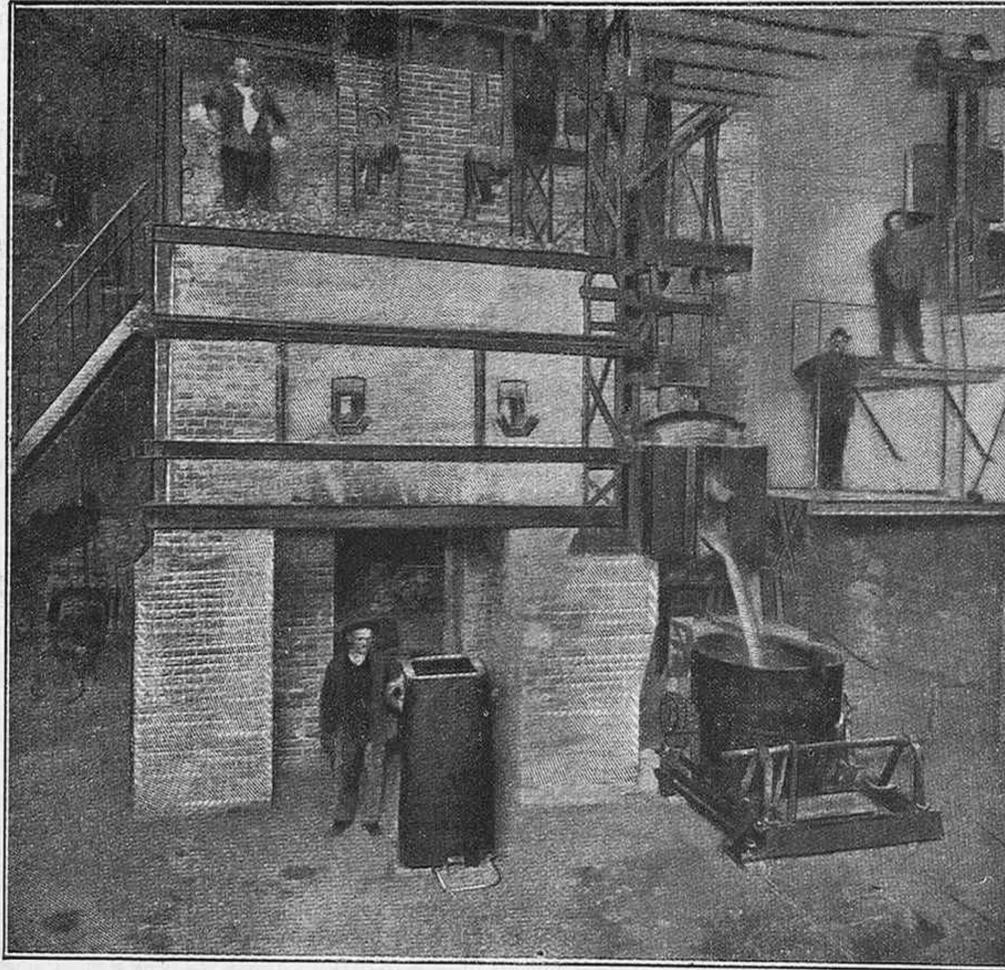


Fig. 2. — Alto horno eléctrico para la fabricación de acero en Sivert

Previo autorización de la enferma, se procedió á aplicarle los rayos X. La primera aplicación se la hizo el Dr. Doumer, el día 7 de enero último: después de tres nuevas aplicaciones, el día 15 de febrero, se pudo apreciar que el tumor había disminuído más de la mitad. La enferma se alimentaba con yemas de huevo y leche.

Después de siete nuevas aplicaciones radioterápicas, observaron Lemoine y Doumer que el tumor había desaparecido por completo: cesaron los dolores, los movimientos torácicos se hacían con regularidad y la enferma había recobrado por completo el apetito.

Gracias á un procedimiento especial del Dr. Doumer pudo también evitarse la erupción local que la acción de los rayos X acostumbra á producir sobre la piel.

El 23 de abril próximo pasado, un nuevo examen del estómago de la enferma ha demostrado evidentemente que no existe tumor ni enfermedad de ninguna clase, quejándose ella solamente de que engorda demasiado.

Este caso extraordinario permite con-

cebir halagüeñas y fundadas esperanzas, y ha patentizado una vez más que, para el tratamiento de los tumores cancerosos internos, hay que emplear aparatos radiográficos de gran potencia, para que sus radiaciones puedan penetrar y desarrollar su actividad en el interior de los tejidos.

El efecto acumulativo de estas radiaciones exige una muy grande precaución en el empleo de este nuevo medio terapéutico.

Muy de veras deseamos que ulteriores experiencias confirmen, en todas sus partes, el notable resultado conseguido por MM. Lemoine y Doumer, que, á estas horas, ha colmado ya de júbilo y esperanzas á muchos desgraciados cancerosos.

**

Con frecuencia nos detallan las revistas científicas la descripción de caprichosos aparatos inventados para aprovechar la fuerza de las olas del mar; pero desgraciadamente la mayoría de los mismos no salen del dominio puramente especulativo, y aun los que parecen prácticos, adolecen del defecto de verse fácilmente inutilizados por el embate de la menor borrasca.

Hoy se está ensayando en Inglaterra un motor de este género (fig. 1), pero de nuevo sistema, que utiliza tan sólo el empuje horizontal, ejercido por la ola en el momento de romperse ó estrellarse contra un plano vertical. Este plano está formado por un chasis que puede oscilar alrededor de la base.

Una tabla unida á un flotador, que por un sencillo mecanismo puede deslizarse sobre el chasis para colocarse á nivel del agua ó por debajo del mismo, recibe el embate de las olas. El movimiento oscilatorio puede comunicarse á una máquina cualquiera, una bomba, por ejemplo, mediante una sencilla disposición de palancas combinadas.

Para resguardar el aparato de las fuertes borrascas, basta dejar que el flotador se llene de agua, cuyo peso arrastra el plano vertical, deslizándose sobre el chasis, al fondo de la masa líquida, quedando de consiguiente inmóvil el aparato.

**

Los ingenieros de todos los países organizan con gran ingeniosidad y audacia el aprovechamiento de esos preciosos manantiales de fuerza motriz, de la «hulla blanca,» es decir, de los saltos de agua que provienen de la fusión de las nieves de las altas montañas.

Francia utiliza hoy ya más de 500.000 caballos de fuerza suministrados por la «hulla blanca.»

Uno de los aprovechamientos de este género de mayor importancia es el de Vouvry, junto á

la orilla izquierda del Ródano, que utiliza las aguas del lago Tanay con un desnivel de 950 metros de altura.



Fig. 3. — Tubo de 3'30 metros de diámetro para la conducción de las aguas del salto de Champs (Grenoble)

El salto de agua de Champs, junto á Grenoble, emplea un tubo de conducción de agua de 3'30 metros de diámetro (fig. 3).

El salto de agua de Calypso, en Saint-Michel-de-Maurienne (Saboya), tiene una altura de 136 metros y su tubo de conducción del agua un diámetro de 1'45 metros (fig. 4).

Las fuerzas colosales suministradas por la «hulla blanca» se emplean en diversas instalaciones hidroeléctricas, ya para la producción de luz, para el transporte de fuerza ó la fabricación de carburos metálicos, ya últimamente para la fabricación del acero por medio de los altos hornos eléctricos (figura 2).

Los altos hornos eléctricos de Sivet disponen de cinco grupos electrógenos de una potencia de 1.200 caballos cada uno.

Las turbinas accionan directamente los alternadores monofásicos, capaces de proporcionar cada uno de ellos una corriente de 30.000 amperios.

Es de desear ver pronto nuestras comarcas montañosas sembradas de altos hornos eléctricos para la fabricación del acero, y la purificación y extracción de otros metales encerrados en muchas ricas minas no explotadas que oculta todavía nuestro suelo.

Y ya que de la hulla blanca hablamos, nos parece oportuno hacer mención del proyecto que en el



Fig. 4. - Salto de agua de Calypso (Saboya)

Cassier's Magazine expone Mr. Francis Foy, para crear en el Zambezé un conjunto de instalaciones para la utilización de la fuerza hidráulica de las inmensas cascadas Victoria, muy superiores á las del Niágara, en donde tales instalaciones han dado excelentes resultados. La longitud de aquellas cascadas del Africa es de 1.610 metros y su altura de 127, lo que permite calcular que la potencia disponible en aguas medias sería de 35 millones de caballos.

Si á esto agregamos que en las inmediaciones de ese inmenso salto de agua se han reconocido yacimientos de carbón, de cobre y de oro, cabe prever que en tiempo no lejano se creará allí un centro industrial y minero de primer orden, tanto más cuanto que el día que esté terminado el ferrocarril del Cabo al Cairo, será tan fácil ir á las cataratas del Zambezé como ahora á las del Niágara.

Cuando en noviembre de 1865 el Dr. Livingstone y M. Owell descubrieron las colosales cascadas Victoria del Zambezé, no se imaginaron, sin duda, que su maravilloso descubrimiento sería, andando el tiempo, estudiado desde un punto de vista bien distinto del de una simple belleza natural.

Nada se perderá, sin embargo, con esta utilización, ya que la ciencia tiene también su poesía, como la naturaleza.

AL'LER-WILL.

PUBLICACIÓN NOTABLE

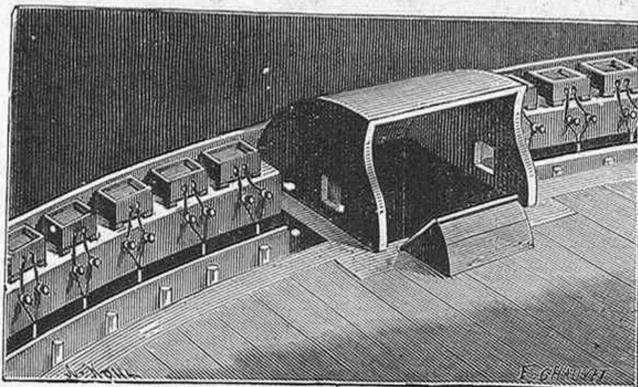
EL MUNDO FÍSICO

POR AMADEO GUILLEMIN

TRADUCCIÓN DE D. MANUEL ARANDA Y SANJUÁN

GRAVEDAD, GRAVITACIÓN, SONIDO, LUZ, CALOR, MAGNETISMO, ELECTRICIDAD, METEOROLOGÍA, FÍSICA MOLECULAR

Edición ilustrada con grabados intercalados y láminas cromolitografiadas



Muestra de los grabados de la obra. - Audiciones telefónicas teatrales

debe figurar en la biblioteca de toda persona amiga de la instrucción.

Así, después de tratar de los fenómenos y leyes de la Gravedad, explica de un modo comprensible cómo esos fenómenos y esas leyes han traído consigo el péndulo, la balanza, la prensa hidráulica, los pozos artesianos, las bombas, la navegación aérea, etc. A la teoría completa del Sonido agrega una enumeración de las aplicaciones de la Acústica y de los instrumentos musicales. La Luz da la descripción detallada de todos los aparatos ópticos y de sus aplicaciones á la fotografía, microscopio, etc. El Magnetismo y la Electricidad proporcionan ancho campo al autor para describir sus asombrosos fenómenos y sus causas. En el Calor nos da á conocer los grandes progresos hechos en su estudio, del que han dimanado aplicaciones tan útiles como los ferrocarriles, la navegación, las máquinas industriales y otras. Por último, en la Meteorología se explican minuciosamente las causas de los terremotos, huracanes, erupciones volcánicas, etc.

Esta importante obra es el tratado más completo y moderno de cuantos fenómenos físicos se presentan en la naturaleza, así de los que parecen más insignificantes como de los que suspenden el ánimo con sus poderosas manifestaciones. Escrita en estilo sencillo, descartadas de ella todas las demostraciones matemáticas para hacer más comprensibles las leyes y teorías de dichos fenómenos á toda clase de lectores y acompañada d egran número de grabados que representan máquinas, aparatos y cuantos inventos se han hecho hasta el día en el terreno de la Física, es un verdadero trabajo de ciencia popular, claro y preciso, que instruye deleitando y que

FÍSICO podrá venirse en conocimiento de la gran utilidad de esta obra. Esta lujosa edición consta de tres tomos ricamente encuadernados con planchas alegóricas y se vende al precio de 45 pesetas pagadas en doce plazos mensuales si así lo solicita el suscriptor. Se reparte asimismo por cuadernos semanales á cuatro reales uno.

Se enviarán prospectos á quien los reclame á los Sres. Montaner y Simón, calle de Aragón, núms. 309 y 311, Barcelona

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Chaumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS RES

JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F. G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Seine.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de exito.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS

PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los SRS PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—PRECIO: 12 REALES.

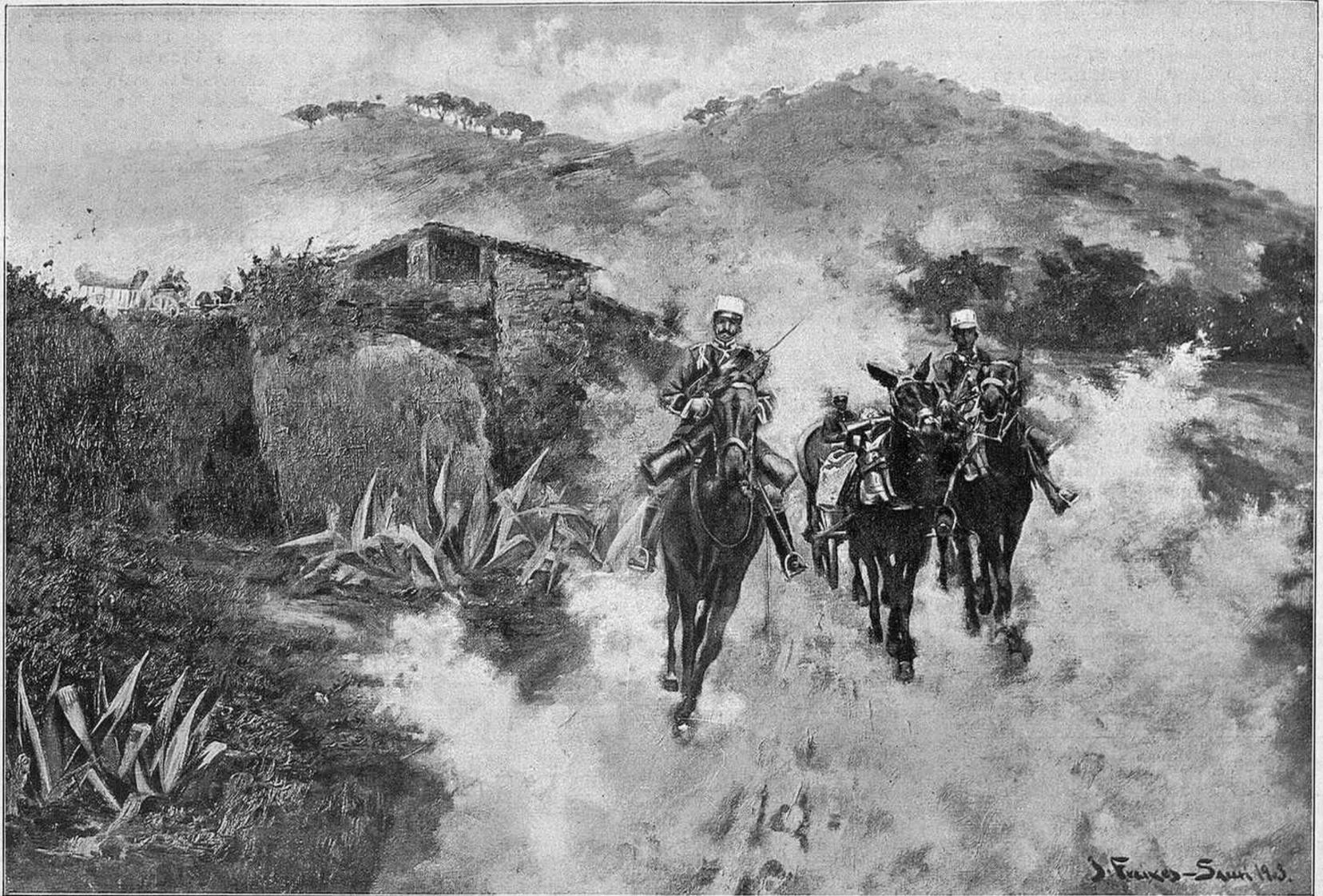
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AGUA LEHELLE

HEMOSTATICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



CONVOY EN MARCHA, cuadro de Joaquín Freixes

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BU BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Francos. 5 fr.
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso.
 CANDES et Co.
 B^e St-Denis, 16 en Paris

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
 Se envian prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

HARINA LACTEADA
 Alimento completo
NESTLE
 para
NIÑOS y ANCIANOS.
 Contiene la Leche pura de Suiza.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSER**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN